



Gaston Racine

**MEDIOCRIDAD
O SANTIDAD**

Gaston Racine

MEDIOCRIDAD O SANTIDAD



Mediocrité ou saintété

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Foto portada: Abigail Rodés.

Mediocridad o santidad

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: octubre 2021.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960.

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.

Imprime:



A mi hijo Jean-Bernard

Gaston Racine (1971)

Nota del editor

Esta obra de Gaston Racine es la transcripción de sus conferencias durante un campamento bíblico para jóvenes en el sur de Francia, el año 1954. Posteriormente, como el mismo autor explica, el texto fue reescrito y ampliado en 1971 dando lugar al formato definitivo que el lector tiene en sus manos.

El tema es de una actualidad e importancia capital en la vida cristiana y, aunque ya han pasado 50 años desde que fue escrito, sigue siendo vigente. Por ello, animamos a leer este libro sin prejuicios, con una mente abierta. El autor no inventa nada, sino que extrae toda su argumentación de las mismas Escrituras. De ahí el considerable número de citas bíblicas. Es por eso que recomendamos leer cada una de ellas tras la frase o párrafo en la que se encuentran. De esta forma la enseñanza es más clara y directa.

Barcelona, octubre 2021

Índice

Nota del autor	9
Prefacio	11
Introducción	15
1. Saber elegir	21
2. ¿Qué es la mediocridad?	31
3. ¿Qué es la santidad?	39
4. La santidad, o la vida en Cristo	53
5. La santificación, o el camino que conduce a la santidad	63
6. El secreto de la santificación, una obra del Espíritu de Dios	75
Conclusión. En el camino a la santidad	81
Anexo. Gaston Racine, su itinerario espiritual	89

Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.

Primera epístola de Pedro 1:16

Nota del autor

"Mediocridad o santidad" es un tema que ha despertado la conciencia y ha hablado al corazón de muchos jóvenes reunidos en diferentes campamentos bíblicos, tanto en Francia como en Italia, entre los años 1950 y 1960, y en Canadá el año 1968.

Debido a la petición insistente de antiguos participantes en los campamentos, hoy en día adultos y padres y madres de familia, he retomado mis notas y he publicado durante el año 1970 lo esencial de mi exposición, de hace ya más de quince años, en el periódico francés *"Servir en l'attendant"* (Servir esperándole).

Aumentado con un prefacio que tuvo a bien escribir mi propio hijo, he revisado y desarrollado un poco más mi trabajo original, para permanecer al filo de la actualidad. Algunos lectores encontrarán, sin embargo, que no aportó nada nuevo a quienes buscan sentido en su vida y en las cosas que les rodean.

En tierras y seres trillados por la tecnología moderna, y en una época en la que la ciencia cree que podrá comprender y explicar todo muy pronto, salvo lo esencial, ¿no tenemos nada más que sembrar que "el eterno grano de trigo"? ¿Acaso hay otra semilla de vida? ¿Estamos seguros de que los problemas actuales son tan diferentes, en esencia, de los que tuvieron que resolver nuestros antepasados?

Jesús de Nazaret dijo un día a sus discípulos, y a algunos griegos que querían verle: *"Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto"* (Juan 12:23-24).

Que Dios encuentre en nosotros un terreno favorable para sembrar su semilla en él, para que aun hoy podamos recibir su Palabra, oírla, entenderla y llevar fruto en este mundo que tanto amó.

Gaston Racine
Montreal (Canadá), febrero de 1971

Prefacio

A pesar de los hábitos y la moda, todo el mundo sabe que los prefacios (de *proefari*: decir de antemano) suelen ser perfectamente inútiles. Qué decir entonces de un prefacio que en vez de ser hecho por un escritor, presentando la obra de un autor joven, está hecho por un joven lector presentando la obra de un escritor.

En realidad tiene más de testimonio que de prefacio. Hijo del autor, tengo treinta años en el momento de escribir estas líneas. Acabo de leer y releer el texto, que será ofrecido bien pronto a la atención de los lectores que tengan el privilegio de tener este libro entre sus manos. Pero hace ya más de quince años que, una tarde de Jueves Santo, en el sur de Francia, mientras participaba en un campamento bíblico de vacaciones, escuché este mismo mensaje del mismo predicador, el del Evangelio, la buena noticia de la gracia de Dios en Jesucristo. Este mensaje me iba a llevar, a continuación, a la elección que da título a esta obra y de la que dependería el rumbo futuro de mi vida personal: *mediocridad o santidad*.

Dar testimonio de la importancia de este libro es, para mí, decir a su futuro lector que habiendo descubierto ante Dios mi estado de mediocridad y su significado profundo, el pecado, es decir lo que me impedía beneficiarme de la comunión con mi Creador, y habiendo creído lo que Dios dice sobre mí y su Hijo a través de su Palabra, descubrí, al mismo tiempo, el amor de su corazón y la eficacia y la totalidad de su perdón. Dar testimonio de la eficacia de la Palabra, predicada y recordada en este libro, es para mí decirle a quien lo lea que ha cambiado mi vida.

¿Los santos? Como dice el autor, de acuerdo con la revelación bíblica, no son otros que los pecadores que han aceptado la gracia de Dios. Son santos, sí, pero por el que vive en ellos, por la vida de la vid que fluye en los sarmientos. Y este Jesús, que dijo a sus discípulos: *"Yo soy la vid,*

vosotros los pámpanos" (Juan 15:5a), quiere vivir en todos los hombres, todas las mujeres y todos los hijos de esta tierra. Sin embargo, habiendo conocido a Jesucristo, deben haberle abierto la puerta de su corazón, para que pueda hacer su morada en ellos. Eso es lo que hice aquella tarde del mes de abril de 1954, mientras el mundo cristianizado se preparaba para recordar al crucificado del Gólgota, para que todo fuera, no solamente posible, sino cumplido. Fue para mí la hora de Dios. Si este libro, como se suele decir, llega en su justo momento, que sea para ti, lector, la hora de Dios, que por fin suene o resuene en tu vida.

Después de señalar la importancia de la noción de la elección, de una elección inicial, pero también de una elección que se renueva cotidianamente, ilustrándola mediante las elecciones de personajes bíblicos, que resultan ser la imagen de cada una de nuestras propias elecciones, el autor habla directamente al corazón, sin artificios, contentándose con hacer desfilar ante nuestros ojos estos personajes que aportan tantos recuerdos religiosos devotos y estériles y que, polvorientos, parecen haber perdido todo significado existencial. Bajo la pluma, inspirada e incisiva, del autor retoman un aspecto sorprendente y una actualidad que me atrevo a calificar, utilizando el argot de mi oficio, de operacional en la planificación de nuestras vidas personales. Más allá de los patriarcas y profetas, arquetipos provisionales del que había de venir, culmina la divina persona de Cristo.

¡Qué renovación de mi convicción, al leer este libro, de la vigencia de este juicio del autor sobre la vanidad de los procesos artificiales de actualización de la Palabra de Dios! ¿Acaso actualizamos la forma del cristal de nuestros espejos? Sea cual sea su forma o el color del marco, la superficie que refleja la luz es la misma a lo largo de nuestros días, a lo largo de nuestras horas. Este espejo que es la Biblia es siempre capaz de convencernos, en cualquier época, de la necesidad de la salvación de Dios y de asegurarnos que esta salvación se cumplió en Jesucristo.

De repente, la luz brilló en la oscuridad. El hombre vió su miseria y, por el arrepentimiento y la fe en la justificación, adquirida para nosotros por el sacrificio de Cristo, es conducido por el camino de la santificación, que no es otro que la vida en Cristo, vivida diariamente gracias al Espíritu de Dios. Vida que se abre mucho más allá de la esclavitud, el estancamiento y la tristeza de una mediocridad dominada por la dictadura de nuestro yo,

hacia la alegría, la unidad, el progreso y la libertad de una vida santificada por la presencia en ella de Cristo Jesús, Jesús de Nazaret. Es Él quien mostró, hace 2000 años, el camino de la salvación, la cruz, pero quien, habiéndolo seguido en nuestro lugar, pudo, resucitado de entre los muertos, dar a los que habían creído en la virtud salvadora de su sacrificio este bien inefable tras el cual corremos todos, la paz, no la que el mundo cree poder dar, prometer o predecir, sino la suya, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, sellada de una vez por todas, para todos los redimidos, por la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Todas las promesas que aparecen en este libro, lleno de la Palabra de Dios, y a las que se refieren las referencias bíblicas marginales, son para nosotros. Depende de nosotros tomarlas por fe, nos dice el autor. El mismo Jesús que dijo en el Sermón del Monte: *"Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad"* (Mateo 5:5), tuvo que decir más tarde que son los violentos los que se apoderan del Reino de los Cielos. Tal vez sea necesario violentarse de verdad para abrir la puerta de vuestro corazón a aquel que os dice: *"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias"* (Apocalipsis 3:20-22).

Jesús no fuerza el acceso. Llama a la puerta. Pero esta demanda de acogida libre y personal me la dirigió a mí, hijo de pastor, la tarde en la que oí esta predicación titulada **"Mediocridad o santidad"**, habiendo creído siempre que era cristiano, pero que solo tenía el inevitable hábito, tejido por el condicionamiento familiar y eclesiástico. Y este mismo mensaje lo proclama todavía el Cristo glorificado a la Iglesia, cualquiera que sea su nombre, ya que originalmente esta declaración de Apocalipsis 3:20-22 cuestionó a la Iglesia primitiva de Laodicea, mucho antes de que intervinieran los grandes cismas y sus consecuencias actuales.

Dr. Jean-Bernard Racine
Profesor del departamento de geografía
Universidad de Ottawa (Canadá), enero de 1971

Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

Epístola a los Hebreos 12:14

Introducción

La Biblia, la Palabra de Dios, es el libro de las posiciones claras y definidas. Quien lee las Escrituras y deja que sus pensamientos sean formados por ellas, sabe que el libro sagrado es enemigo de compromisos y actitudes equívocas, corazones vacilantes y divididos. Cualquier lector que se deje confrontar por el texto sagrado escucha constantemente resonar en su corazón sus expresiones categóricas: vida o muerte, felicidad o desgracia, bendición o maldición, verdad o mentira, luz o tinieblas, justicia o iniquidad, santidad o suciedad, caliente o frío, amor u odio, Dios o las riquezas, Cristo o Satanás, espíritu o carne.

Por el contrario el espíritu del mundo, la sabiduría humana, no deja de proclamar que existe un punto central, un término medio, una posibilidad de unir estos opuestos; que es imposible seguir al pie de la letra las exhortaciones de la Palabra sin caer en el fanatismo religioso. Este mundo busca la mezcla, la unión; y el resultado de ese supuesto equilibrio es la confusión. En medio de este caos de ideas, de estas opiniones confusas, Dios todavía habla y nuestra alma, humillándose bajo su mano poderosa, le ruega que alcance con este mensaje los corazones y las conciencias de los que todavía tienen oídos para escuchar. Sólo Dios puede iluminar a sus criaturas y darles lo que la palabra humana no puede producir: *"la pura alegría de la verdad divina vislumbrada"*, como decía Agustín de Hipona¹.

Y como en los últimos capítulos tendremos que exponer doctrinas muy profundas y una reflexión cada vez más ajena a nuestros contemporáneos, sentimos la necesidad de hacer nuestro lo esencial de la oración del autor de **"Imitación de Cristo"**². Éste, después de recordar la petición de los hijos de Israel a Moisés: *"Háblanos y te escucharemos, pero el Señor no nos hable, no sea que muramos"*, exclama: *"No así, Señor, no te ruego así; mas con el profeta Samuel, con humildad y deseo te suplico: Habla, Señor, porque tu siervo oye. No me hable Moisés, ni alguno de los*

profetas; mas háblame tú, Señor Dios, inspirador e iluminador de todos los profetas; pues tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente, pero ellos sin ti ninguna cosa aprovecharán. Es verdad que pueden pronunciar palabras, mas no comunican espíritu. Muy bien hablan, mas callando tú no encienden el corazón. Dicen la letra, mas tú abres el sentido; predicán misterios, mas tú aclaras la inteligencia de lo oculto; pronuncian mandamientos, pero tú ayudas a cumplirlos; muestran el camino, pero tú das esfuerzo para andarlo; ellos obran por afuera solamente, pero tú instruyes e iluminas los corazones; ellos riegan la superficie, mas tú das la fertilidad; ellos claman con palabras, mas tú das la inteligencia al oído. Pues no me hable Moisés, sino tú, Señor Dios mío, eterna Verdad, para que por ventura no muera, y quede sin fruto si solamente fuere enseñado por afuera y no encendido por adentro. No me sea para condenación la palabra oída y no obrada, conocida y no amada, creída y no guardada. Habla pues tú, Señor, porque tu siervo oye, pues tienes palabras de vida eterna. Háblame, para consolación de mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna honra y gloria tuya”³.

Dios ha hablado. Dios habla todavía. Lo sabemos. Lo creemos de todo corazón ya que, en un tiempo como el actual, solo esta Palabra nos hace vivir. Sin embargo, extraña paradoja, sentimos más que nunca nuestra incapacidad para hablar de Dios. Como algunos autores han señalado con frecuencia: *“tan pronto como el hombre habla de Dios, descubre con temor que está hablando de otra cosa que no es Dios”*. Si la Palabra de Dios estuviera realmente en nuestros labios, nuestro interlocutor tendría la respuesta real, la que corresponde a su pregunta o al único problema real que atormenta al hombre moderno y que no se atrevió ni quiso plantearnos abiertamente. Sin embargo, tenemos un testimonio, oral o escrito, para volver a la centralidad de la verdad de la Palabra de Dios.

“Predicar, dijo Karl Barth⁴, es ser el mensajero encargado de hacer oír la Buena Nueva, es ser la voz que transmite la palabra, la Palabra que solamente Dios puede pronunciar, Palabra que no es otra que Dios mismo hecho hombre en la persona de Jesucristo. Las ideas y peculiaridades del predicador carecen de interés. Si Dios no utiliza su palabra como vehículo de la suya, todo es en vano y estéril. La predicación es, por tanto, la ex-

pectativa y el riesgo incesantemente repetido de este milagro con el que hoy Dios habla a los hombres de nuestro tiempo, desde el día que llamó a Abraham para ir a la tierra prometida" (Génesis 12:1).

Hoy, como ayer, un auténtico hombre de Dios no puede predicar sino es bajo la cruz. No cree haber llegado ya a la meta y no pretende haber alcanzado la perfección. Es con una gran angustia interna que se dirige al corazón y la conciencia de sus hermanos. Él mismo se siente interpelado por Dios y se ve a sí mismo junto a todos los que se cuestionan en medio de una angustia saludable. No cree que tenga razón porque sea "integrista" o "progresista", ni porque forme parte de una comunidad evangélica, en la cual fue bautizado y donde toma la comunión una o varias veces al mes. No se regocija en la confusión que agita a las principales denominaciones religiosas y no se permite triunfar en nombre de la Biblia, al notar la consternación que se apodera de muchas almas. Pide a Dios iluminar a todos los hombres y no aspira a otra cosa que a servir a sus hermanos. Si debe denunciar el pecado y la infidelidad de los que se llaman cristianos, lo hace golpeándose el pecho, dispuesto a reconocer su propia responsabilidad en la lamentable situación de la cristiandad. Porque conoce la herida secreta de su corazón y las miserias de su comunidad, es suficientemente honesto para no decir que todo va bien para él o que no hay ningún problema en su entorno espiritual. La Iglesia primitiva ya tuvo sus luchas y los apóstoles sus confusiones.

Toda actitud humilde y abierta permite a Dios intervenir. Entonces se produce un verdadero milagro. La infinita bondad de Dios se nos revela de nuevo. La certeza de su justicia conquista nuestro corazón. La remisión de los pecados, la resurrección de entre los muertos, la vida eterna..., en una palabra todas las verdades del cristianismo adquieren una nueva frescura. Dejan de ser simples artículos de fe de un credo ortodoxo, doctrinas inmóviles a través de los siglos, palabras abstractas e incomprensibles para el hombre actual. Dios tiene una respuesta para aquellos que se plantean preguntas. Y esa respuesta está en su único Hijo, en el perdón que nos concede en Él, en la gracia y la verdad que vinieron a través de Jesucristo. Dios ha preparado para sus hijos: *"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman"* (1 Corintios 2:9).

Estos tesoros escondidos, estas riquezas enterradas, esta sabiduría y este conocimiento inefables solo son desvelados a los que aceptan descender de su pedestal religioso o mundano, para seguir al Espíritu Santo en la noche, el silencio y la soledad de las profundidades de Dios. Gradualmente los ojos, demasiado tiempo deslumbrados con la claridad artificial de un mundo sin luz real, se habitúan a la oscuridad divina. Descubren de repente valores eternos y desconocidos para aquellos que corren tras las falsas vanidades de un día. Lejos de los sonidos ensordecedores de la tierra, el oído a su vez percibe un sonido suave y sutil. No es todavía más que un murmullo, pero pronto las palabras se vuelven audibles, y la Palabra de Dios se vuelve viva y es claramente escuchada. No necesita actualizarse, porque es la Palabra eterna de aquel que es el mismo ayer, hoy y mañana. Luz divina, lámpara profética, es ella la que ilumina la actualidad.

En el fondo de nuestro corazón, el Espíritu Santo nos recuerda sus promesas admirables. Son suficientes para hacernos vivir y trabajar, con la certeza de que aquel que las hizo es poderoso para cumplirlas. Sí, estas promesas son para nosotros y nuestros hermanos. Depende de nosotros recuperarlas por fe. Su cumplimiento no es asunto nuestro, sino de Dios. De antemano aceptamos que su hora sea nuestra hora. Iluminada de nuevo, nuestra conciencia sabe también que el juicio de Dios será inexorable. Es Él y solo Él quien pagará a cada uno según sus obras. Y esto es válido para todos los hombres, sean cuales sean sus creencias o su incredulidad, ya que Dios no hace acepción de personas. En las profundidades a las que nos conduce el Espíritu Santo se acaba la soledad del corazón. Nos rodea una gran compañía de redimidos. Son todos los que antaño lejos de Dios, volvieron en sí, encontraron a su Padre celestial y viven de su perdón divino. Es con ellos que conocemos la verdadera comunión de los santos, lejos de las amistades carnales y las fraternidades artificiales. Aquí es donde fluye la fuente pura del verdadero espíritu ecuménico, que ni es romano, ni ortodoxo, ni protestante, sino únicamente escatológico y mesiánico. Podremos vivir la verdadera experiencia ecuménica en la unidad del cuerpo de Cristo.

Y si, en este largo camino, encontramos todavía muchos obstáculos y hemos de atravesar valles tenebrosos, hagamos nuestras las palabras del salmista: *“Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche*

resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Salmo 139:11-12).

1 ▶ Agustín de Hipona, conocido también como san Agustín (354-430), padre y doctor de la Iglesia. Después de su conversión, fue obispo de Hipona, en el norte de África y lideró una serie de luchas contra las herejías de los maniqueos, los donatistas y el pelagianismo.

2 ▶ Libro escrito por Tomás de Kempis. Tomás de Kempis (1380-1471) fue un canónigo agustino alemán autor de varios libros devocionales.

3 ▶ Imitación de Cristo, libro 3 capítulo 2 (Nota del autor).

4 ▶ Karl Barth (1886-1968), teólogo protestante calvinista, considerado uno de los pensadores cristianos del siglo XX. El pensamiento teológico de Barth recalca la soberanía de Dios, principalmente a través de su innovadora “doctrina de la elección”.

Algo profundo en el corazón humano se rompe al pensar en una vida de mediocridad.

C. S. Lewis

1. Saber elegir

Una verdad olvidada

Adán no tenía que elegir, solo obedecer. Le había sido confiada una misión (Génesis 1:28). Le había sido dado un mandamiento (Génesis 2:16-17). La vida, la felicidad, el cumplimiento del verdadero destino de la raza humana, todo dependía de la sumisión, por amor, del primer hombre a su Creador.

Ciertamente, en todos los tiempos, varias Escuelas Teológicas han despojado a la historia bíblica de toda realidad. Para algunos Adán no fue realmente el primer hombre, ni el Edén un verdadero paraíso, ni la serpiente un animal del campo. Si esto fue así, si realmente no sucedió nada en los albores de la humanidad, ¿cómo entró la muerte en el mundo y qué sentido tiene nuestra salvación?

El apóstol Pablo, que sabía discernir el lenguaje alegórico del Antiguo Testamento (Gálatas 4:24) creía en la realidad de los acontecimientos descritos en el libro de Génesis. Así pues, en la epístola a los romanos, se refiere a la desobediencia de Adán (Romanos 5:12-14) y en la segunda epístola a los corintios, a la seducción de Eva por la serpiente (2 Corintios 11:3). En otra parte reconoce que el primer hombre, Adán, fue creado de la tierra, del polvo (1 Corintios 15:45-47). Finalmente, al igual que hizo Jesús, citó repetidamente el texto sobre la creación y la unidad de la primera pareja (1 Corintios 6:16).

Una vez admitido lo anterior, un atento estudio de los primeros capítulos de la Biblia nos desvela que Adán no fue víctima de una prueba de la que Dios fue el autor. Santiago nos confirma esta idea cuando escribe en su epístola: *“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta*

a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:13-15).

Pero Dios no creó la muerte ni se regocija con la destrucción de los hombres. Según la epístola a los romanos: *“... la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Romanos 6:23). El apóstol Juan, finalmente, en el libro de Apocalipsis, anuncia la desaparición de la muerte, cuando en el juicio final todos los siervos del pecado hayan sido condenados a la muerte segunda (Apocalipsis 20:14, 21:5).

Puesto en el Edén, en medio del armonioso universo creado por Dios, el hombre no estaba facultado para elegir entre el bien y el mal. Simplemente debía observar el mandamiento del Señor, cumpliendo todas sus tareas en comunión con su Dios (Génesis 2:15, 19-20). Fue por tanto por un acto de rebeldía, por desobediencia, por una transgresión voluntaria que *“el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Romanos 5:12).

Antes de saber rechazar el mal y elegir el bien (Isaías 7:16), Adán rompió la alianza divina (Oseas 6:7) y fue expulsado del paraíso (Génesis 3:23-24). Por su actitud y su deseo de independencia, Adán dio rienda suelta a su deseo. Comprometió la armonía del mundo e introdujo el desorden, colocando a toda su descendencia bajo el imperio del pecado, el poder de la muerte y la esclavitud de Satanás.

La elección, consecuencia de la gracia

En cuanto a la salvación, nadie tiene elección. Todo hombre está perdido, sin haberlo querido, así como Adán era inocente por naturaleza, sin tener que elegir. Sin embargo la respuesta de Dios a la falta de Adán no fue únicamente la condenación. Dios en su soberanía, concede gracia al pecador, gracia que reposa en la justicia de uno solo, Jesucristo, el último Adán (Romanos 5:17-21; 1 Corintios 15:45). Solo el rechazo de esta gracia, ofrecida a todos los hombres, confirma al pecador en su perdición,

mientras que la aceptación de la verdad en Jesucristo salva perfectamente al culpable (Hebreos 7:25). La salvación del individuo y de la humanidad no es fruto de una elección, pero por la gracia, el hombre salvo, perdonado, justificado por la fe se coloca continuamente ante una elección, una decisión que compromete todo su ser (Efesios 2:8).

La historia de Israel nos proporciona tres ejemplos en los que el pueblo fue llamado solemnemente a elegir. En cada ocasión el llamamiento de Dios se dirige al corazón y a la conciencia de los hombres que conocen el poder de Dios, pero rechazan hacer su voluntad.

Las dos elecciones

A través de Moisés Dios dijo a su pueblo, al final de su peregrinación por el desierto: *"A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar"* (Deuteronomio 30:19-20).

En este pasaje, cuyo contexto sin duda se refiere a la observancia de la ley, oímos a Moisés exclamar: *"Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos... Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas"* (Deuteronomio 30:11-14). El apóstol Pablo, quien tan a menudo demostró en sus epístolas la imposibilidad de que el hombre cumpliera la ley (Gálatas 3:10-11), emplea justamente este texto de Deuteronomio para afirmar que la justificación del hombre viene de su fe en la Palabra de Dios (Romanos 10:5-17).

La fe que justifica no es una mera creencia religiosa, una aceptación intelectual a una verdad ortodoxa. La fe es obediencia, compromiso, caminar en el sendero que Dios ha trazado con claridad. Así, las enseñanzas de Moisés y de Pablo se unen y encuentran una maravillosa síntesis en las palabras de Jesús: *"Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la*

puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (Mateo 7:13-14).

Los dos señores

Aceptar la gracia, experimentar la bondad de Dios, conocer el descanso del alma no autorizan a nadie al relajamiento, a la pereza espiritual o a la infidelidad. Es por esto que Josué, después de introducir a Israel en Canaán, junta a las doce tribus en Siquem para recordar al pueblo de Dios la maravillosa liberación de la que fueron objeto.

Sintiendo cercana su muerte, Josué exhorta una vez más a Israel a permanecer unido al Señor y exclama: *"Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién serváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová"* (Josué 24:14-15). Ante la respuesta positiva de los hijos de Israel, Josué añade: *"Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Jehová para servirle"* (Josué 24:22).

Estas palabras del sucesor de Moisés coinciden con las de Jesús: *"Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas"* (Mateo 6:24). Servir al Señor es, por tanto, un privilegio y no una limitación. Es el fruto de la fe activada por el amor (Gálatas 5:6).

Los dos pensamientos

En la época de los Reyes, el profeta Elías interpela a todo Israel reunido con los profetas de Baaal en el Monte Carmelo. Acercándose a todo el pueblo, Elías exclama: *"¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él"*. Un vergonzoso silencio acogió las palabras del profeta, *"y el pueblo no*

respondió palabra" (1 Reyes 18:21). Este silencio, solo igualado por el mutismo de Baal, acabó cuando el fuego del cielo cayó y consumió el holocausto preparado por Elías. Cuando todo el pueblo lo vio, se postraron en tierra y dijeron: "*¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!*" (1 Reyes 18:38-39).

La oración del profeta fue respondida. Ya dijo en el momento de la presentación de la ofrenda: "*Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos*" (1 Reyes 18:36-37).

La importancia de la elección diaria

Los tres ejemplos mencionados (Moisés, Josué y Elías) bastarían para mostrarnos que hemos de vivir el momento presente en el hoy de Dios (Hebreos 3:7). Demasiados cristianos se encierran en su pasado, mientras otros escapan hacia el futuro. Las experiencias de ayer y las liberaciones del mañana no deben hacernos olvidar el momento presente, las tareas y los recursos que Dios nos da ahora, para permitirnos experimentar plenamente este momento, el que realmente podemos poseer.

Salvado por la gracia, el hombre no es llamado inmediatamente a entrar en la gloria. Debe caminar en un mundo que no dejará de ofrecerle su amistad, para obligarle a conformarse al presente siglo (Romanos 12:2). Es entonces cuando debemos añadir a nuestra fe la virtud (2 Pedro 1:5), para no caer en el adulterio espiritual, olvidando que la amistad del mundo es enemistad con Dios (Santiago 4:4).

La historia de Abraham y Lot ilustra magistralmente lo que proporciona la amistad de Dios en una vida solitaria en los montes y lo que aportan las ventajas del mundo en las populosas y opulentas llanuras de Sodoma.

La elección de Lot

Cuando tío y sobrino deciden separarse para evitar cualquier querrela, la Escritura dice: "*Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que*

toda ella era de riego, como el huerto de Jehová, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar, antes que destruyese Jehová a Sodoma y a Górra. Entonces Lot escogió para sí toda la llanura del Jordán; y se fue Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro” (Génesis 13:10-11).

Educado en la fe, Lot no había entendido que no se pertenecía a sí mismo sino al Dios que conocía. Este hombre fijó su vista en los deseos de su corazón. Su elección fue desastrosa. Su vida es una demostración de la parábola de Jesús: *“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará”* (Juan 12:25). Lot conoció la guerra, el cautiverio, la tristeza y el tormento de un alma que estaba fuera de su lugar. Finalmente perdió los bienes, sus yernos, su mujer y su honor (Génesis 19:14-19; 2 Pedro 2:7-8).

La elección de Abraham

En cambio, Abraham, llamado por Dios, a su momento le eligió a Él, confiando en el Altísimo para todo (Génesis 14:22-23). No queriendo nada para sí mismo, vio como la bendición del Eterno descendía sobre él. Dios se le aparece, lo anima con sus promesas y le dice: *“No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande”* (Génesis 15:1). Abraham aceptó estas palabras por fe y confió en Dios. Sabemos cómo Dios mantuvo sus promesas e hizo de este patriarca *“el padre de todos los creyentes”*. Ojalá que sigamos hoy los pasos de la fe de nuestro padre Abraham (Romanos 4:11-12).

Esta elección entre Dios y el mundo se renueva varias veces al día para el cristiano. A cada instante el mundo nos presiona. Es por eso que importa saber de que lado estamos. Al igual que Abraham, aquel que tiene el amor del Padre en él, está llamado a rechazar continuamente las ofertas del mundo.

Sabiendo que las Escrituras no reconocen un punto intermedio, una posición neutral, la regla para el creyente es muy simple. En lugar de estar perplejo y averiguar dónde comienza el mundo y dónde termina, o en que consiste la mundanalidad, debe preguntarse simplemente: *“¿Proviene esto del Padre?”*. En multitud de ocasiones, observando la situación misma,

será imposible decir en que punto empieza o acaba la mundanalidad. Pero podemos reconocer rápidamente si proviene del Padre. Y cuando veamos que no procede de Él, sabremos que es del mundo (1 Juan 2:15-17).

La elección de José

Pero no solo estamos en un mundo que nos tienta con sus atractivos, posibilidades y comodidades. Vivimos en una esfera donde reina el pecado, que invoca constantemente nuestra carne. Y de nuevo aparece la elección. Conocemos las alternativas, sucumbir, satisfacer nuestras pasiones o huir, a riesgo de quedar desnudos y ser juzgados mal. Esta fue la elección de José (Génesis 39:1-20).

El encarcelamiento, el sufrimiento y la injusticia, fueron los resultados inmediatos de la decisión tomada por él de no pecar contra Dios. Sin embargo el Señor no tardó en recompensar a su servidor por el temor que tenía por su nombre. Leemos: *"Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia"* (Génesis 39:21-23). La difícil elección de José le condujo finalmente al gozo, la alabanza y la gloria.

Esta elección entre el Espíritu y la carne se renueva constantemente, y para orientarse hay que utilizar la misma regla que para discernir lo que viene del mundo. Todo lo que no es del Espíritu es de la carne (Juan 3:6). Debemos huir de la lujuria si queremos honrar a nuestro Dios (1 Pedro 2:11-12). Así que, todos los días hemos de huir del mal y perseverar en la fe, el amor, la justicia y la paz junto a los que invocan al Señor con un corazón puro (2 Timoteo 2:22).

La elección de Moisés

Finalmente, además de Satanás, el mundo y el pecado, tenemos que afrontar las legítimas satisfacciones que exige nuestro ego, que quisiera aprovecharse de las ventajas naturales que nos brinda la carne. Consideremos la elección de Moisés. Este hombre *"rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la*

mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” (Hebreos 11:24-27). Esta era la fuerza del gran legislador de Israel.

Encontramos una estrecha semejanza con el apóstol Pablo, que renunció a todo por la excelencia del conocimiento de Cristo su Señor (Filipenses 3:7-11). La renuncia del verdadero discípulo es, por tanto, diaria. Toda la enseñanza de Jesús aclara estas verdades. Para seguir al Maestro es necesario tomar cada día nuestra cruz (Lucas 9:23). Sin esta acción no hay vida victoriosa (1 Juan 5:5). Las diferentes elecciones nos conducirán a la mediocridad o a la santidad.

Ser como los demás

Siendo hombres y mujeres de carne y hueso es muy difícil, incluso si hemos *“nacido de nuevo”* (Juan 3:3), dejar de ser influenciados por el mundo. Abandonado a sí mismo, el hombre permanece carnal. Sus obras son las de la carne, no solamente en sus acciones más deplorables, sino también en sus actos más razonables.

La historia del pueblo de Israel nos proporciona un ejemplo sorprendente de lo que acabamos de decir. Dios era el Rey de Israel. Tenía una relación directa con su pueblo. Pero un día el pueblo se acercó a Samuel diciéndole: *“... constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones”* (1 Samuel 8:5). ¿Porqué esta petición? Los israelitas habían dejado de fijar la vista en su gran Dios Salvador. Miraron a la tierra, a los hombres, hacia las naciones y lo que vieron les llevó a pensar que les faltaba algo como pueblo. Israel no tenía un rey visible. Israel quería ser semejante a los demás pueblos de la tierra, imitando su moral y sus costumbres. Dejando de ser ejemplo y modelo para las naciones, el pueblo de Dios se identificó con el mundo y cayó en la idolatría.

Esto fue retroceso en vez de progreso, empobrecimiento y no enriquecimiento. Mientras Israel había recibido todo de Dios, el rey al que iba a servir le quitaría todo: sus hijos, sus hijas, sus campos, los diezmos de sus cosechas, sus sirvientes, su libertad (1 Samuel 8:10-18). Reclamando y eligiendo tener un rey, Israel suprimió su razón de ser. Dios lo puso aparte

para libertad y unidad. Gracias a la relación directa entre Dios e Israel, el pueblo no conocía las obligaciones ni las cargas de las naciones bajo un yugo carnal.

Sucede lo mismo con la Iglesia de Dios, pueblo redimido, separado, independiente del mundo. El día que la Iglesia quiso ser reconocida por el mundo perdió, poco a poco, la libertad que tenía en Cristo y se hizo esclava del mundo. Dividida, desgarrada, rota, la Iglesia ya no conoce la unidad. Infiel a su Maestro, acaba abandonándole. La pobreza y la impotencia espirituales que sufre actualmente la Iglesia proceden esencialmente de su flirteo y su fusión con el mundo.

Dios ya no es suficiente. Tenemos sed del mundo y su lujuria. Queremos vivir como todo el mundo. Habiendo comenzado con Dios, no queremos llegar hasta el final con Él. Nos detenemos a mitad del camino para instalarnos en la mediocridad. A partir de ese instante no solamente no somos capaces de responder a las necesidades reales del mundo, sino que nos volvemos inútiles e incluso dañinos para las almas que nos rodean.

*La mediocridad, posiblemente, consiste en estar
delante de la grandeza y no darse cuenta.*

G. K. Chesterton

2. ¿Qué es la mediocridad?

Definiciones y citas

La palabra mediocre, del latín *mediocris*, viene de *medius*, que está en el medio. Así pues, etimológicamente, la mediocridad es la naturaleza, el carácter de lo que está entre lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo. Es lo que se tiene en poca consideración, es poco bueno, poco distinguido. Es una insuficiencia, una posición entre la opulencia y la miseria, entre la nobleza y la bajeza.

Para Voltaire¹, la elección es clara: *"No debemos burlarnos de los que hacen el bien, ni de los que hacen el mal, sino de los que, siendo mediocres, se creen genios y se hacen los importantes"*. Conviene citar aquí el famoso poema "El arte poético", de Boileau²: *"... en el peligroso arte de la rima y la escritura no hay grados de mediocre a peor"*. Sin embargo, algunos ven la mediocridad como la imagen de la moderación y el justo punto medio. Pascal³ parece hacerse eco de este sentimiento cuando dice: *"El espíritu extremo es acusado de locura, como el máximo defecto; solamente la mediocridad es buena"*.

En sus cartas persas, Montesquieu⁴ declara: *"La aprobación universal suele ser para el hombre mediocre"*. Sin embargo para Henri de Montherland⁵: *"Sufrir la mediocridad de las personas es a menudo una señal de que uno mismo es medio-mediocre"*. Por su parte, Ernest Renan⁶ escribía: *"En todas las cosas, el que triunfa en nuestros días es el mediocre"*. Y para concluir estas citas añadiremos las palabras del moralista francés Joseph Joubert⁷: *"La mediocridad es excelente para los mediocres"*.

De hecho, la mediocridad es falta de grandeza, nobleza de espíritu, excelencia, mérito, es la insuficiencia en cantidad o en calidad.

El testimonio de las Escrituras

La palabra mediocre no aparece en la Biblia. Sin embargo, lo que representa esta situación se describe en muchas páginas de las Sagradas Escrituras. La Biblia contiene ejemplos de hombres mediocres, viviendo mediocrementemente en la mediocridad. Un simple vistazo al Antiguo Testamento nos proporcionará algunos retratos de este tipo de hombres.

Lot

Ya hablamos de este hombre en el capítulo anterior. Lot no está despojado de todo. Es poseedor de bienes materiales y espirituales (Génesis, capítulos 13, 14 y 19). Junto con su tío abandonó el paganismo y siguió los pasos de Abraham. Desciende con él a Egipto y sube a su lado a la tierra de Canaán. Se enriqueció con Abraham y le acompañó en todos sus viajes. A primera vista Lot tiene toda la apariencia de la excelencia. Conocía el llamamiento de Dios, obedeció la orden divina, se unió al guía espiritual que Dios le dio; participó en el camino de la fe y en las bendiciones que se derivaban de él.

Sin embargo una circunstancia fortuita, una querrela entre los pastores de Abraham y Lot, manifestará el estado real de su corazón. Abraham, queriendo evitar a toda costa nuevas disputas, propone a su sobrino separarse de forma pacífica. Generosamente el de más edad deja que sea el más joven el que elija la parte del país que más le guste. Lot revela de repente cuán apegado está a los bienes de este mundo. Su vista se posa sobre la rica llanura del Jordán y elige para sí Sodoma y sus alrededores. No hay ningún móvil espiritual que determine su elección. Su mente está solamente por lo terrenal (Filipenses 3:19).

En aquel lugar, Lot vivirá mediocrementemente. Está en Sodoma, pero no es de Sodoma. Quiere los beneficios y los honores de aquella ciudad, sin aceptar la moral relajada de los habitantes de la misma. La conducta y los actos criminales de aquellos hombres serán un continuo tormento para su alma (2 Pedro 2:7-8). En aquellas condiciones, incluso el testimonio de un hombre justo es mediocre, sin poder. Comprometido con el mundo, Lot no gana ninguna alma, ni siquiera la de sus yernos. En cambio, perdió su

casa, sus bienes, su mujer y, víctima de sus dos hijas, acabó en la deshonra del incesto. Todos los mediocres están destinados a vivir mediocrementemente y a acabar en el oprobio y la mediocridad. Es la quiebra moral. Puede que el hombre no esté perdido, pero todo está perdido para él, para los demás y para Dios (1 Corintios 3:15).

Balaam

Balaam, el adivino o mago que vivía a orillas del Éufrates, nos ofrece un segundo retrato del hombre mediocre. Se le ha llamado la figura más enigmática de toda la historia bíblica. Este hombre conoce a Jehová desde hace mucho tiempo, porque tan pronto como Balac, rey de Moab, lo llama para maldecir a Israel (Números, capítulos 22 a 24), Balaam inmediatamente consulta al Señor. Lamentablemente su corazón duda entre la gloria de Dios y el amor al dinero. Después de una lucha interior, termina cediendo a la codicia y comete el terrible error que le destinaría a la oscuridad de las tinieblas eternas (2 Pedro 2:15-17).

Balaam conocía los pensamientos de Dios, pero su voluntad no estaba unida a la del Señor. Creyó poder servir a dos señores, pero en realidad no sirvió más que a uno. Su boca se vio obligada a proclamar los oráculos de Dios mientras su corazón buscaba su interés personal. La posición de Balaam es de las más incómodas. Dios momentáneamente le hace su profeta, pero Balaam ya había sido juzgado y condenado. Su pecado le alcanzó. Terminó bajo el filo de la espada y murió envuelto en la derrota de los enemigos de Israel (Números 31:8).

En las iglesias encontramos a veces algunos que, como Balaam, pretenden estar al servicio de Dios, pero se comprometen con el mundo por interés o comodidad. Llenan su boca con las palabras de Dios, pero sus corazones solo buscan los honores y bienes de este mundo.

Elí

Después de Lot y Balaam, Elí nos ofrece un tercer retrato (1 Samuel, capítulos 1 a 4). Este sacerdote tenía toda la apariencia de santidad. Vestía las santas vestiduras, había recibido la unción del Señor y oficiaba en el

santo lugar en Silo. Sin embargo honraba más a sus hijos que a Dios. La falta de virtud de Elí, su debilidad moral, resultó en la pérdida de sus hijos, su servicio y su vida. Morirá derribado por la noticia de los desastres de los que él era en parte responsable.

Incluso hoy, Dios no se comunica con los mediocres, sean cuales sean sus títulos, su importancia o su ordenación. Se revela a los santos, a los que obedecen su Palabra, que tienen su corazón vuelto hacia Él para escuchar su voz. Dios quiere el primer lugar en nuestras vidas, antes que padre, madre, mujer, hijos, amigos o iglesia (Lucas 14:26). Esta posición lo honra y este es nuestro servicio para Él.

Saúl

El rey Saúl es el cuarto ejemplo de un hombre mediocre. Fue el primer rey de Israel. *"Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo"* (1 Samuel 9:1-2). Pero Saúl, que tiene todo para agradar a la carne, no sigue ni observa plenamente las órdenes divinas. Oye la voz de Dios, sigue el plan indicado por Él para luchar contra Amalec, pero no cumple hasta el fin las órdenes del Señor. Influenciado por el pueblo, cree poder sustituir los pensamientos de Dios por los suyos y agradarle mientras desobedece su voz (1 Samuel, capítulo 15).

Saúl se detiene a medio camino en la obediencia, la humillación, su arrepentimiento y sus buenas intenciones. Su fin fue semejante a su vida. Herido por sus enemigos, no tuvo coraje para afrontar la suerte que le esperaba y se da muerte en el monte de Gilboa (1 Samuel, capítulo 31). Servir a Dios de todo corazón consiste ante todo en guardar escrupulosamente su Palabra, sometiendo completamente la voluntad humana a la suya.

Giezi

Finalmente Giezi, servidor de Eliseo, es el último ejemplo de mediocre que tomaremos del Antiguo Testamento (2 Reyes, capítulos 4 y 5). Este hombre está al servicio del profeta que un día le entrega su báculo, para devolver la vida al hijo de la sunamita. Giezi tiene el báculo, pero no el

poder del hombre de Dios; y si le falta este poder es porque su corazón está pegado al dinero. La historia de Naamán nos revela el estado interior de Giezi. No sigue el ejemplo de su señor quien, por motivos espirituales, rechaza los regalos del general sirio, sino que corre tras este último para obtener, por medio de la mentira, lo que codiciaba su corazón. Dios lo castiga por su infidelidad hiriéndolo con la lepra.

El hombre que está al servicio de Dios no se debe dejar guiar por sus necesidades o por las circunstancias. Los deseos de su corazón deben ser llevados cautivos a Cristo, y su manera de reaccionar el reflejo de una obediencia sin reservas, cuya meta es la gloria de Dios. Todos los días tenemos que aprender de Dios qué dones podemos aceptar y cuáles debemos rechazar. Para ser verdaderamente discípulo de Cristo, hay que ir hasta el final en la renuncia.

Recordemos siempre que nuestra posición y nuestros privilegios no nos aseguran un final feliz, detengámonos en el camino y no nos juzguemos por nuestras tendencias naturales. Un patriarca terminó su vida en el incesto, un profeta murió por la espada, un sacerdote muere al romperse la nuca, un rey se suicida y un sirviente acaba sus días leproso.

Algunos ejemplos en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, encontramos a los fariseos como ejemplos de mediocridad. En el evangelio de Mateo, capítulos 15 y 23, Jesús muestra, a través de llamativas escenas, el error fundamental de los que creen honrar a Dios a través de las formas, mientras su corazón carece de vida y amor por Él. Sepulcros blanqueados, esta es la enérgica expresión de la que se sirve Jesús para estigmatizar a aquellos que tenían una piedad aparente, pero cuyo corazón estaba todavía lleno de las cosas sucias de este mundo.

Jesús nos muestra que la mediocridad es parecer y no ser. Es dar una importancia capital a lavarse las manos antes de comer, mientras el corazón no se preocupa por estar lleno de malos pensamientos, asesinato, adulterio, fornicación, robo, falsos testimonios, calumnias. Es limpiar el exterior del vaso y del plato, mientras que el interior está lleno de rapiña e intemperancia.

Los mismos discípulos, antes de recibir el Espíritu Santo, se caracterizaban a menudo por la mediocridad. Más de una vez, Jesús suspira al ver su falta de inteligencia, de perseverancia y de fe. Tomás y Felipe, después de tanto tiempo de estar con Jesús, aún no conocían el camino de la vida y no discernían al Padre en Él (Juan 14:5-11). Y qué decir de Pedro, tan fogoso en palabras. En la hora decisiva dormía. En el momento de tomar partido por Cristo, le niega, demostrando que él también solo seguía al Maestro de lejos. Asimismo Jacobo y Juan, que querían que cayera fuego del cielo para castigar una ofensa contra su Maestro, no fueron capaces de acompañar a Jesús en la oración, en Getsemaní, y se durmieron de tristeza. El poder de Dios aún no conduce con fuerza a los apóstoles por el camino del Maestro y, a pesar de su buena voluntad, sus caídas son frecuentes. Pero qué cambio cuando Jesús, desde el cielo, les envió el Espíritu Santo. Entonces se vuelven fervientes y sabios, y pueden realizar las obras de Dios y caminar triunfalmente en las huellas de Cristo.

Estos hechos prueban que todos tenemos que velar por nuestros sentimientos para estar constantemente escuchando la voluntad de Dios. Somos discípulos de Cristo, y es a nosotros a los que se dirigen todas las exhortaciones de la Escritura. Es por eso que necesitamos conocer las trampas de la mediocridad para poder, por medio de la fe y el poder del Señor, evitarlas y unirnos a quienes, en el pasado, sirvieron a Dios con un corazón puro, un celo inalterable y una entrega total de sí mismos.

Analogías significativas

Estas trampas aparecen descritas en la Palabra. Ésta nos presenta la mediocridad bajo las siguientes imágenes: la sal sin sabor (Mateo 5:13), la lámpara sin aceite (Mateo 25:3), el remiendo nuevo en el vestido viejo (Mateo 9:16), el vino nuevo en odres viejos (Mateo 9:17), el metal que resuena (1 Corintios 13:1), el címbalo que retiñe (1 Corintios 13:1), las fuentes sin agua (2 Pedro 2:17), las nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos (Judas 12), el rocío de la madrugada que se desvanece (Oseas 6:4), los árboles otoñales sin fruto (Judas 12), las estrellas errantes (Judas 13).

Es también la preocupación del hombre por la comida y el vestido, creyendo que puede servir a dos señores (Mateo 6:24). Es poner la mano en

el arado y mirar atrás, es querer enterrar a su padre primero o despedirse de los de su casa cuando el Señor nos llama para seguirle (Lucas 9:59-62). Es la tibieza de la iglesia de Laodicea, que pretendía ser rica y sin embargo era pobre, ciega y desnuda (Apocalipsis 3:17). Es la irresolución, la inconstancia de la que habla Santiago (Santiago 1:6-8); el adulterio espiritual que denuncia el mismo autor (Santiago 4:4). Son los "*niños fluctuantes*" sacudidos y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina (Efesios 4:14). Es el carácter carnal del cristiano descrito en las epístolas (1 Corintios 3:1); es, finalmente, el celo por Dios, pero sin inteligencia (Romanos 10:2).

Análisis final

Así definida, esta mediocridad se manifiesta en nuestra existencia por la falta de capacidad para dar a las almas el gusto de las cosas de Dios, la falta de poder para caminar nosotros mismos en la luz e iluminar a los demás. Se hace visible en nuestros fracasos, nuestros déficits, nuestro cansancio, nuestro débil amor, nuestra falta de esperanza, nuestra vida desilusionada, estéril y llena de preocupaciones, nuestro miedo al sufrimiento, nuestra inercia espiritual. Finalmente se revela en todas las obras de la carne que el apóstol Pablo opone al fruto del Espíritu (Gálatas 5:19-20). ¿No se identifica entonces, para el cristiano, con la falta de plenitud en la felicidad?

El cristiano mediocre es aquel que no ama plenamente, que no obedece plenamente y que no renuncia por completo. El mediocre es el que no quiere llegar hasta el final. Pero ir hasta el final, para el cristiano, es ir a la cruz. ¿Quién es el que no quiere ir a la cruz? Soy yo, mi yo, mi personalidad. La mediocridad ya no es algo, es alguien, soy yo. En oposición a esta mediocridad, está la santidad. Esta santidad no es algo, un cierto grado de pureza, de justicia, de verdad. La santidad en oposición a la mediocridad, no es una cosa opuesta a otra. Es alguien que se opone a alguien, es Dios que se opone a mí. La santidad es Dios mismo en su esencia. Este es el último fin del hombre.

1 ► François-Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire. Escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración, un período que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad.

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.

Epístola a los Romanos 12:1

2 ▶ Nicolas Boileau (1636-1711), poeta y crítico francés.

3 ▶ Blaise Pascal (1623-1662), matemático, físico, teólogo, filósofo y escritor francés. Después de una experiencia religiosa profunda en 1654, Pascal se dedicó también a la filosofía y a la teología. En esta cita en realidad Pascal parece abogar por una actitud equilibrada, el punto medio, y no por la mediocridad entendida como algo de poco mérito, tirando a malo (Diccionario RAE).

4 ▶ Charles Louis de Secondat, señor de la Brède y barón de Montesquieu (1689-1755), filósofo y jurista francés cuya obra se desarrolló en el contexto del movimiento intelectual y cultural conocido como la Ilustración.

5 ▶ Henry de Montherlant (1895-1972), novelista, ensayista, autor dramático y académico francés.

6 ▶ Joseph Ernest Renan (1823-1892), conocido simplemente como Ernest Renan. Escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés.

7 ▶ Joseph Joubert (1754-1824), moralista y ensayista francés recordado sobre todo por sus "Pensamientos", publicados póstumamente.

3. ¿Qué es la santidad?

Definición y manifestación

Desde las primeras páginas de la Biblia hasta las últimas exhortaciones del Apocalipsis, Dios se revela a los hombres como el Espíritu Santo por excelencia. La palabra *santo* designa aquello que es supremamente elevado y perfecto, esencialmente puro y conforme a la ley divina. Por su etimología, santidad significa separación, poner aparte, y también consagración. La imagen con la que la Escritura nos la retrata es la de la luz, es decir de la pureza misma (Isaías 10:17; Santiago 1:17; 1 Juan 1:5). La santidad es pues la esencia misma de Dios (Éxodo 15:11). Aplicada a las cosas, este término se opone a *profano*, *común*, *vulgar* y algunas veces a *manchado* e *impuro*. Si uno pudiera, supuestamente, quitarle a Dios con el pensamiento uno u otro de sus atributos, sin que Él dejara de ser, despojarle de su santidad sería aniquilarlo. Aplicando este principio al amor, alguien podría decir que si nos redujéramos a la terrible alternativa de renunciar al amor de Dios o a su santidad, es ésta la que habría que salvar, ya que al suprimir el amor en Dios, el hombre solo haría imposible su propia felicidad, mientras que al suprimir la santidad en Él, el universo moral sería sacudido hasta sus cimientos. El último trasfondo de las cosas divinas y la última meta de las criaturas morales ya no existirían.

Según Frédéric Godet¹, lo sobrenatural, en su forma más excelsa, no es el milagro, sino la santidad. *"La santidad, escribió, es el bien moral en su aspecto más sublime"*. Pero, ¿qué es el bien? Para Ernest Naville² *"el bien no es un ser o un objeto. Es un orden que determina las relaciones de los seres, relaciones que deben ser regidas por las voluntades"*. En Dios, la santidad es, por tanto, la plena posesión de sí mismo o la unión indisoluble y armoniosa de todas sus perfecciones. Es su voluntad inquebrantable de mantener el orden que debe reinar entre los seres y llevarlos a todos a una relación que debe unirlos. En el hombre la santidad consiste

en la realización completa de su verdadera vocación, que no es otra que la perfecta armonía de su voluntad con la de Dios. La santidad en la criatura es su consentimiento voluntario a la posición suprema de Dios. Así, tanto en el dominio de lo absoluto como en el de lo relativo, la santidad es, en realidad, siempre idéntica a sí misma.

El triunfo de la santidad

Al decir que Dios es santo, la Biblia no solo afirma que su voluntad está de acuerdo con el bien, sino que es la naturaleza del bien, la ley moral misma. Es por eso que a esta santidad se le llama también "*la gloria de Dios*", que debe brillar con todo su esplendor después de haber triunfado sobre todas las contradicciones (Isaías, capítulo 60).

Soberanamente, por encima de todas las cosas (Isaías 57:15), de todos los pueblos y dioses (Salmo 99:2-3; 2 Crónicas 2:5), el santo y bendito no puede ser alcanzado por el mal y no se puede encontrar imperfección en Él (Santiago 1:13; Habacuc 1:12-13). Toda santa iniciativa viene de Él. Su santidad, lejos de ser inerte e inactiva, es como una llama que consume el pecado y, a veces, al pecador.

Si Dios es dueño de sí mismo; si su paciencia es grande para con los culpables, no es menos cierto que llegará el día en que Dios saldrá de su aparente silencio y se afirmará con un celo invencible, que en realidad es sólo la actividad de su santidad (Éxodo 34:6-7). El mal moral atrae su ira. Su ira ardiente finalmente eliminará todos los obstáculos y su santa voluntad tendrá la última palabra (Hebreos 10:26-31).

Probado, tentado de muchas maneras, el creyente sabe que Dios es Dios. Tiene la seguridad de que el mal no triunfará. En la fe, mantiene la esperanza y se refugia en el amor del Padre, cuyo testimonio indiscutible le fue dado en la cruz, en el sacrificio de su único Hijo, Jesucristo. Allí, en la carne de Cristo, Dios condenó el pecado de los hombres mientras les ofrecía un Salvador maravilloso. Por lo tanto, la santidad de Dios es inseparable de su amor, Dios no quiere que los impíos mueran, sino que se conviertan y vivan (Ezequiel 18:23).

Un llamamiento supremo

Ya sea que leamos el Antiguo Testamento o el Nuevo, en todas partes resuena este supremo llamamiento de Dios a sus criaturas: *“Sed santos, porque yo soy santo”* (Levítico 11:44-45; 1 Pedro 1:16). El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de la ley, de los salmos y de los profetas, es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles. Creador y redentor, el mismo ser *“que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”* (Apocalipsis 1:8), es proclamado tres veces santo por los serafines que contemplaba Isaías y por los cuatro seres vivientes descritos por Juan, en su visión en la isla de Patmos (Isaías 6:2-3; Apocalipsis 4:8).

El nombre de Dios, símbolo de su persona, es santo y temible y debe ser reconocido como tal (Salmo 111:9). Para toda criatura Él es el santo incomparable (Isaías 40:25). En su relación con los descendientes de Abraham Él es el Santo de Israel (Isaías 47:4). El mismo Jesús le llama Padre santo (Juan 17:11) y enseñó a sus discípulos a santificar su nombre (Mateo 6:9). Les pide también que sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto (Mateo 5:48). Esta santidad consiste en estar separados del mundo profano, es decir, pecador (2 Corintios 6:16-18) y consagrados a Dios en nuestro espíritu, alma y cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23).

El desafío de lo profano

Como ya sucedió en el curso de la historia del mundo, vivimos de nuevo en una época donde lo santo y lo profano tienden a confundirse. Las palabras secularización, desacralización y desmitificación están a la orden del día en los discursos y escritos de los filósofos, sociólogos y teólogos. Si algunos hombres todavía afirman que hay un Dios de amor, la mayoría del mundo, proveniente de la *cristiandad tardía*, ya no se preocupa por un Dios santo. Cuando la noción de la santidad disminuye, se pierde la del pecado y, en consecuencia, ya no se concibe la idea de un castigo temporal o eterno. Seríamos los primeros en regocijarnos en la conjunción de lo sagrado y lo profano, si pudiéramos creer que todos los hombres y todas las cosas existentes estuvieran totalmente llenos de Dios y unidos en la armonía de las perfecciones divinas.

La distinción entre lo sagrado y lo profano es a causa del pecado. Cuando este último ya no exista, sabemos por las Escrituras que todo el Universo participará de la santidad de Dios (Hechos 3:19-21). Pero el hombre, que afirma haber alcanzado la edad adulta, ¿ha alcanzado realmente la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13)? ¿Ha renunciado a este mal que comete contra sí mismo, contra su hermano y contra Dios? ¿Se ha desembarazado del pecado y sus funestas consecuencias? Los avances en la ciencia y la tecnología nos hacen avanzar hacia el cumplimiento de los tiempos y la reunión de todas las cosas en Cristo (Efesios 1:10).

Un simple vistazo sobre la humanidad *"en mutación"* nos quita todas las ilusiones. En los días en que el hombre camina sobre la luna³ y, desde este astro, hace llegar su voz y a su imagen a los hogares más aislados de la tierra; bajo un mismo techo, los matrimonios no tienen nada que decirse, y el diálogo entre padres e hijos se vuelve a menudo imposible.

Por otro lado, en la era espacial donde todo se hace para facilitar las comunicaciones, los encuentros y el entendimiento entre las personas; paradójicamente los conflictos políticos, sociales y religiosos se multiplican e intensifican. Y mientras tanto el hombre justifica el gasto que dedica a la dominación del cosmos, enumerando los resultados de dichas acciones y sus sensacionales consecuencias, todos los beneficios de los que pronto se beneficiará la humanidad gracias a innumerables investigaciones y a los revolucionarios descubrimientos debidos a la investigación espacial. Sin embargo aumentan las víctimas de los terremotos, se perpetúan las guerras atroces y los hombres, mujeres y niños de los países subdesarrollados mueren de hambre.

Entre los pueblos embriagados por la independencia, los ideales racistas y nacionalistas dividen a los estados y reavivan fuegos sanguinarios que los intereses de las grandes potencias no hacen más que avivar con su hipócrita ayuda u oposición. La tortura, la violencia, la injusticia y la muerte proliferan en nuestro planeta. El erotismo y las drogas son divinizados, y todos estos viejos y nuevos falsos dioses devoran a los hijos de los hombres.

Incluso en los países más cristianizados, no es el Evangelio el que penetra los diversos elementos del mundo para santificarlos. Por el contrario, en todas partes son los elementos del mundo los que abruma a las iglesias que han permanecido infieles demasiado tiempo. Lo que quedaba de santo se ha transformado en profano, por la alteración de los valores. Es la santidad a nuestra manera, según nuestro entendimiento, nuestros deseos; una santidad que no cuesta nada, como ya denunciaba el jesuita Bourdaloue⁴ en el siglo XVII.

Qué dice la Escritura

Mucho antes que el mencionado predicador jesuita, Dios, a través del profeta Ezequiel, reprochó a los sacerdotes de Jerusalén por violar su ley y profanar sus santuarios. Leemos: *"... entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de mis días de reposo apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos"* (Ezequiel 22:26).

En el libro de Levítico vemos que Dios había dado pautas para que los sacerdotes pudieran distinguir lo santo de lo profano, lo inmundo de lo limpio, y enseñar a los hijos de Israel todas las leyes que el Señor les había dado a través de Moisés (Levítico 10:8-11).

En el último capítulo del Apocalipsis aparece una advertencia, válida para todos nosotros: *"... el tiempo está cerca. El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra"* (Apocalipsis 22:10-12).

A cada uno su propia esperanza

Pero, ¿deberíamos recordar los textos bíblicos a una generación que, desde julio de 1969⁵, piensa que ya vive más allá de Babel? Tras haber visto la huella del primer hombre sobre la luna, algunos afirman que la humanidad no tiene ya nada más que esperar antes de fin de siglo que *"el fatal segundo acto: el nacimiento del primer niño humano en otro mundo, el*

comienzo de la colonización real del espacio. Cuando haya hombres que ya no tengan nuestro planeta como su tierra natal, los terrícolas se acercarán más entre sí" ("El correo de la UNESCO", marzo 1970).

Pero gracias sean dadas a Dios porque nosotros no esperamos nada fatal, pero nos gusta repetir con toda humildad, junto con el apóstol Pablo: *"Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas"* (Filipenses 3:20-21). A cada uno su esperanza y su responsabilidad.

Un regreso a la Biblia

Si queremos entender qué es la santidad, debemos volver a leer y estudiar la Palabra de Dios. En las Escrituras aprendemos que Dios invariablemente quiere la salvación de sus criaturas (Ezequiel 18:32; 1 Timoteo 2:3-4). Para lograr este objetivo e irradiar su santidad entre los hombres, Dios siguió un método de educación progresiva e histórica. Después del llamamiento de Abraham y el cumplimiento de sus promesas en Isaac y Jacob, Dios forma un pueblo aparte en el horno de la esclavitud en Egipto. En el tiempo conveniente, Dios se revela a los esclavos hebreos como el Dios santo, el *Santo de Israel*. Tras hacer de las doce tribus su pueblo, Dios les libera, protege y guía con celo. Lo único que les pide es que reflejen su santidad: *"... vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa"* (Éxodo 19:6).

La proclamación de la santidad de Dios era el fundamento mismo de las instituciones de este pueblo. Las múltiples y minuciosas ordenanzas que constituían su culto, purificación, distinción entre alimentos, sacrificios y utensilios sagrados eran sólo la expresión infinitamente detallada y puesta constantemente ante los ojos de Israel de esta doble verdad, Jehová es santo y su pueblo está llamado a ser santo: *"... y seréis santos, porque yo soy santo"* (Levítico 11:44).

Los sacerdotes encargados de la celebración del culto estaban, a su vez, separados del resto del pueblo, como representantes del Dios Santo, así

como el pueblo mismo los estaba del resto de la humanidad (Éxodo 28:1). Aarón, el primer sacerdote, es llamado el santo de Jehová (Salmo 106:16). Tanto él como sus sucesores debían llevar en su frente estas palabras, grabadas en una placa de oro: "*Santidad a Jehová*" (Éxodo 28:36-38).

Así como había personas santas y ceremonias santas en Israel, también había instrumentos santos y lugares santos para el servicio de Dios, separados de todos los demás; un templo lleno de la santidad de Jehová (1 Reyes 8:10-11). Este templo era la imagen terrenal del templo celestial en el que Jehová tiene su trono (Salmo 11:4). En el templo terrenal existía una separación entre el *lugar santo* y el *lugar santísimo* (Éxodo 26:33). Durante todo el año había períodos santos, días de reposo y fiestas solemnes en las que se concentraba la vida religiosa de Israel (Levítico, capítulo 23).

El fin último de este vasto simbolismo será un estado de cosas en el que toda la vida y todos los objetos existentes serán consagrados al Señor, incluidas las campanillas de los caballos y las ollas (Zacarías 14:20-21). La separación acentuada en todas partes en las Escrituras entre lo sagrado y lo profano, separación necesaria debido al pecado, será finalmente abolida. Entonces se realizará el pensamiento original de Dios para la creación, es decir, la felicidad suprema de sus criaturas por una completa y voluntaria comunión con Él.

La santidad en nosotros

En el hombre, la santidad es la afirmación invariable, humilde, gozosa y filial hacia Dios, por todo el poder de su ser, y su completa entrega por nosotros (1 Juan 3:16). La santidad en nosotros, por tanto, no es una superación debida al trabajo laborioso de nuestra naturaleza. Es Dios manifestado en nuestra carne mortal por la vida de Jesús (2 Corintios 4:11).

Esta santidad se hace visible en nosotros en la medida en que nosotros disminuimos y Dios se convierte en todo. Por la fe nos sumergimos en el océano de su santidad. Su vida, su reino, su gloria, todo pertenece a los discípulos (1 Corintios 3:21-23) que escuchan a su Señor exclamar: "*Sed santos, porque yo soy santo*" (1 Pedro 1:16).

Un Dios que habla así no puede ser un desconocido para aquellos a quienes llama y le obedecen (Juan 14:21). Es por eso que podemos afirmar que el llamamiento de Dios no sucede sin una revelación de su gloriosa persona a nuestras almas (Juan 17:3). Es este encuentro personal del alma con Dios lo que hace de la santidad una realidad simple y luminosa, mientras que sigue siendo una noción insondable para la pura inteligencia.

Si solo tenemos definiciones abstractas de santidad, no nos gustará y seremos impotentes para caminar por el camino que conduce a ella. El secreto de todos los santos, ya sean del Antiguo o del Nuevo Pacto, radica en la revelación personal que Dios les concedió al llamarlos. Esta necesaria revelación no fue dada en virtud de los méritos, obras, experiencias, posición social o edad de quienes se benefician de ella. Viene únicamente de la pura gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres. Allí donde se recibe la gracia en la vida, el Espíritu Santo provoca un cambio radical (2 Corintios 5:17). Sin esta intervención divina, la vida que proviene de Dios seguirá siendo un deseo, una esperanza, pero no una posesión, una certeza (1 Juan 3:1-3).

En todos los tiempos, tal revelación siempre ha tenido el efecto de arrojar al hombre a los pies de Dios, en el sentimiento de su infinita miseria. El mejor de entre los hombres se ve como una espina, y el más recto como una zarza (Miqueas 7:4). El más fuerte se siente como estopa ante un fuego consumidor (Isaías 1:31). El más sabio reconoce su locura (1 Corintios 1:20). El más perfecto exclama: *"He aquí que yo soy vil"* (Job 40:4). Bajo el rayo luminoso de las perfecciones divinas, el más fiel descubre su impureza y toda su justicia se le aparece como un vestido sucio (Isaías 6:5; 64:5-6). El rostro del más íntegro cambia de color y se descompone (Daniel 10:8). Ante Dios ni siquiera la luna brilla y las estrellas no son puras a sus ojos; cuánto menos el hombre, un gusano, y el hijo del hombre, un gusano (Job 25:5-6).

Si el hombre, sin embargo, se levanta después de tal revelación, es solo por la intervención providencial de Dios. Se le da gracia. Si comienza a caminar, es apoyado solo por la promesa divina que cree con todo su ser

y se apropia de ella. Ahora ya no es el mismo. Su vida está separada del mundo y está fija en Dios.

Aparece una nueva creación. Las tendencias naturales ya no se enseñorean más del hombre, sino que son dominadas. La mente es renovada, es dada una nueva visión. Se enciende un fuego en el hombre, lo impulsa una pasión. Una fuerza sobrenatural lo sostiene y alimenta, y la carrera termina en plena victoria (2 Timoteo 4:7-8).

Una seria advertencia

En la historia de los primeros siglos de la Iglesia, no hay ninguna mención de honores religiosos rendidos a los que hoy se llaman santos. Esta palabra no tenía el significado que se le ha dado después. No estaba reservada exclusivamente para los fieles que murieron en la práctica de las virtudes cristianas, y que la veneración de los vivos colocó en el Paraíso. Se aplicaba sin distinción a todos los miembros vivos de las nuevas comunidades eclesiales. El libro de los Hechos de los Apóstoles y las epístolas del Nuevo Testamento dan fe de ello. Los santos según Dios, por tanto, no son hombres que hayan creído en una teoría, o que se hayan adherido intelectualmente, o incluso de corazón, a una doctrina particular. Tampoco son individuos que a fuerza de disciplina y esfuerzo lograron superarse a sí mismos, sin que necesariamente hubieran realizado milagros o acciones extraordinarias. Son seres que creyeron a Dios (Juan 6:29), una persona viva que les reveló su condición y el amor de su corazón.

Ahora conocen su voz, saben en quién creen y a quién adoran. Si todavía tienen defectos y padecen mil imperfecciones saben, sin embargo, que ya no tienen que languidecer en su miseria, ni desanimarse y detenerse en el camino. Conocen a Dios y ya no aceptan la derrota, porque saben que son amados por Él y están predestinados a ser conformados a la imagen de su Hijo Jesucristo (Romanos 8:29). Dios no pudo mentirles. Además, dejando de mirarse a sí mismos, a lo que son por naturaleza, fijan sin cesar la mirada en aquel que prometió y que es fiel y poderoso para realizar todo en ellos y por ellos. Redimidos por Cristo, pertenecen a Dios, quien hizo su hogar en ellos por su Espíritu. Son santos por aquel que habita en ellos, por la vida de la vida que fluye en los pámpanos (Juan 15:1-3).

Con el Evangelio vemos lo lejos que estamos de los disparates, el fanatismo, las leyendas bufas y las barbaridades que encontramos en las *"Vidas de los santos"* escritas por autores religiosos de la Edad Media. Como muchos otros, estamos convencidos de que obras de este tipo han hecho caer sobre la religión un ridículo más indeleble que los amargos sarcasmos de Voltaire.

La vida de los hombres de la Biblia

Tal como vimos en el capítulo anterior que, en última instancia la mediocridad no era otra cosa que nuestro yo, ahora podemos enfatizar que la santidad es Dios mismo contemplado en el santuario de su gloria. Las verdades que acabamos de recordar acerca de esta revelación que Dios da de su persona, se ven a simple vista en la vida de los hombres de la Biblia.

Fue esta revelación la que hizo de Abraham un hombre obediente a Dios, dejando todo para vivir por la voluntad del Señor en tierra extranjera (Génesis 12:4). Convertido en *"padre de todos los creyentes"*, Abraham nos deja las huellas de su fe para que podamos caminar en ellas (Romanos 4:12).

Fue un encuentro con Dios lo que hizo del ladrón Jacob un hombre con un nuevo nombre, Israel. Fue en este encuentro que Jacob recibió bendición. Después de una noche de lucha agotadora, su alma atormentada finalmente fue liberada (Génesis 32:24-31).

Moisés, un asesino que huía, vio que su exilio llegaba a su fin después de ver la zarza ardiendo. Se convirtió en el libertador de su pueblo y en el hombre más manso de la tierra (Éxodo, capítulo 3).

El preocupado Josué, anonadado por pesadas responsabilidades, verá venir a él al Príncipe del ejército del Señor. Encontrará en esta conversación la fuerza y la dirección necesarias para cumplir su misión hasta el final y conquistar la tierra de Canaán (Josué 5:13-15).

El pobre y mezquino Gedeón se convertirá, después de su encuentro con el Señor, en el héroe que derrotó a los madianitas (Jueces 6:11 y siguientes).

Manoá y su esposa, una pareja anciana y estéril, darán a luz al poderoso Sansón después de ver y escuchar a aquel cuyo nombre es maravilloso (Jueces, capítulo 13).

Un niño, Samuel, se convertirá, por esta revelación, en el depositario de las palabras de Dios en lugar del anciano sacerdote Elí (1 Samuel 3).

Isaías, en la visión del Inefable, descubrirá su impureza, pero, después de verse perdido, conocerá la felicidad que trae la seguridad de la expiación de nuestros pecados y el gozo de servir a Dios entre los pecadores (Isaías, capítulo 6).

Jeremías perderá sus complejos de inferioridad y se convertirá en el profeta de la palabra de fuego, *ciudad fuerte, columna de hierro, muro de bronce*, cuando Dios haya hablado con él (Jeremías, cap. 1).

Ezequiel después de haber visto la sorprendente imagen de la gloria del Señor, será en la mano de Dios el hombre con la frente de diamante, más dura que la roca, para oponerse a los israelitas infieles (Ezequiel, capítulos 1 al 3).

Daniel, desfallecido y sin fuerzas ante la visión divina, se vio fortalecido y seguro del amor de su Dios, que lo haría capaz de conocer y comprender lo que sucederá al final de los tiempos (Daniel 10:8-21).

Jesús, el santo y verdadero

La enseñanza del Antiguo Testamento no deja de ser importante para nosotros, porque todas estas cosas son sombras de la verdadera santidad que debe manifestarse en nuestra vida, mediante la entrega total al Señor de todo nuestro ser, y la separación de todo aquello que pueda desagradarle (Romanos 12:1-2). Pero mientras que el período mosaico, que responde al período de la infancia del pueblo de Israel, sitúa la santidad sobre todo en formas externas (Éxodo 19:10-15), los Profetas, al predicar, lo expresan principalmente en el corazón (Isaías 1:16-17). Para encontrar la santidad realizada, sin embargo, es a la persona y a la vida de Jesucristo a lo que debemos mirar (Juan 6:38).

Solo Él ha aceptado plenamente la voluntad de Dios y la ha cumplido perfectamente (Lucas 22:42). En Él, la santidad descendió del reino abstracto de los preceptos o las promesas a la realidad histórica. Desde su venida al mundo, no solo hemos conocido, sino que hemos contemplado lo que es la verdadera santidad en la vida humana (1 Juan 1:1-3). Por fe, habiendo recibido a Jesús en nuestro corazón como Salvador y Señor, fijemos nuestros ojos en este modelo perfecto. Alimentemos nuestros pensamientos con Él, y estaremos seguros de terminar nuestro camino y no seremos avergonzados en nada (Filipenses 1:20). Cuando Cristo vino a la tierra, los que se acercaron a Él con fe, conocieron la profundidad de su propia miseria, pero también vieron su vida física, psíquica y espiritual completamente transformada (ver los 4 Evangelios).

Después de su ascensión a la diestra del Padre, fue nuevamente por la revelación de su gloria y su santidad que Cristo eligió a Saulo de Tarso para convertirlo en el apóstol Pablo (Hechos, capítulo 9; Gálatas 1:13-16). También fue por la manifestación de la gloriosa santidad de Cristo que Juan, en la isla de Patmos, fue preparado para recibir la revelación contenida en el libro del Apocalipsis (Apocalipsis 1:9-20).

Camino a la santidad

Para que toda la gloria sea sólo para Dios, es siempre por un llamamiento y una revelación que nos hacemos partícipes de su santidad (Colosenses 1:12; 2 Pedro 1:3-4). Como pueblo elegido, para cada uno de nosotros la santidad consiste, repetimos, en estar apartados del mundo profano, es decir pecaminoso, y en estar consagrados a Dios (2 Corintios 5:17-18). El deber absoluto de luchar por la santidad se funda para nosotros, hijos de Dios, en la santidad de nuestro Padre celestial en el que hemos creído y hacia el que nos dirigimos. No tenemos una relación sentimental con nuestro Padre celestial, sino una relación natural (1 Juan 3:1).

Nacemos de nuevo y hemos sido engendrados de un Padre cuyo carácter esencial es la santidad. Habiendo recibido a Cristo por la fe, a medida que crecemos en la vida espiritual su personalidad debe hacerse más clara en nosotros, formarse, desarrollarse, emerger, y eso por el Espíritu Santo, en una justicia y santidad producidas por la verdad (Colosenses 1:26-29).

Dios nos ha elegido para glorificarlo a través de nuestra santidad. ¿Que haremos ahora? ¿Escucharemos el llamamiento de Dios? ¿Anhelaremos con todo nuestro corazón una revelación más perfecta de Él, o permaneceremos en la mediocridad?

Dios espera la decisión de nuestro corazón. Su deseo es ver como nos comprometemos en el camino que conduce a la santidad, el estado ideal y definitivo. Este camino es santificación, trabajo espiritual y continuo que el Espíritu Santo opera en nuestras almas, si le permitimos actuar durante nuestro andar terrenal. Sin embargo, seguir este camino presupone haber tenido un primer encuentro con el Hijo de Dios, Jesucristo.

1 ► Frédéric Godet (1812-1900), teólogo evangélico suizo.

2 ► Ernest Naville (1816-1909), filósofo y teólogo suizo, autor de una serie de obras sobre moral protestante, entre ellas **"El problema del mal"** (1869), obra a la que pertenece la cita mencionada.

3 ► El primer viaje a la luna fue el año 1969 con el Apolo XI, siendo el último el año 1972 con el Apolo XVII. En total se hicieron siete viajes, de los que solo seis fueron un éxito. Este libro fue escrito en 1971, cuando ya se habían hecho varios viajes al satélite de la Tierra y antes del último de ellos.

4 ► Louis Bourdaloue (1632-1704), jesuita francés, reconocido por ser un brillante predicador y por la calidad de sus sermones.

5 ► El astronauta Neil Armstrong pisó la luna el 21 de julio de 1969.

Ha habido hombres tan ocupados en difundir el cristianismo que nunca han pensado en Cristo.

C. S. Lewis

4. La santidad, o la vida en Cristo

Revestirse del Señor Jesucristo

Dios nos llama a su reino y a su gloria (1 Tesalonicenses 2:12). Su objetivo para nosotros es la santidad (1 Pedro 1:15-16). Para ello nos invita a revestirnos de la vida de Cristo en nuestro caminar por este mundo (Romanos 13:14). De hecho, solo Él nos permite responder aquí abajo a nuestra santa vocación y caminar de una manera digna de nuestro glorioso llamamiento (Colosenses 2:6-7). Si no tenemos nada, sabemos que en Él habita toda la plenitud de la deidad, y nos encontramos en Él asociados con su plenitud (Colosenses 2:9). En otras palabras, es solo en Cristo en quien el hombre se realiza, y Dios espera que sus hijos manifiesten en este mundo la vida misma de su Hijo (Efesios 1:4-6). Para que nadie se jacte ante Dios (1 Corintios 1:29-31), es por Él que estamos en Cristo Jesús, quien, por Dios, se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.

Aprender de Cristo

Tras recibir a Cristo por la predicación y enseñanza, de acuerdo con la verdad que está en Jesús, aprendemos de su vida mientras estuvo en la tierra (Efesios 4:20-24). Desde el pesebre hasta la cruz, en medio de la pobreza y en medio de un clima hostil, Jesús hizo brillar el conocimiento de la gloria de Dios (2 Corintios 4:6) a través de una vida de amor, obediencia, renuncia, dependencia, humildad, mansedumbre, confianza, fe, luz, verdad, justicia, santidad, gozo, paz y poder. Cristo realmente sufrió por nosotros, dejándonos un modelo para que sigamos sus pasos (1 Pedro 2:19-21). La aprobación de Dios reposa totalmente en ese tipo de vida. En varias ocasiones vibró el cielo y la voz del Padre manifestó su infinita satisfacción, designando públicamente a Jesús como su Hijo amado, objeto de todo su favor, su elegido, el único Maestro a quien debemos escuchar (Mateo 3:17; Lucas 9:35; Juan 12:28).

Alimentarse de Cristo

A quienes lo escuchan y creen en Él, Jesús les promete la vida eterna (Juan 3:16). Y esta vida es la del Padre (Juan 1:4-14; 1 Juan 1:2), la vida misma de Dios, encarnado en su Hijo unigénito. Para que esta vida sea nuestra, Jesús tuvo que dárnosla (Juan 10:11, 17-18). Por ello era necesaria su muerte, sin la cual su carne y sangre no podrían ser comida ni bebida para nuestras almas (Juan 6:50-58). Creer es apropiarse de esta vida entregada, es alimentarse de Cristo y dejar que Dios manifieste en nosotros el fruto de esta vida. Releamos los Evangelios y escuchemos a aquel que tiene palabras de vida eterna describir en imágenes lo que significa para los que creen en Él.

Unos ejemplos incomparables

Es en nosotros el frescor de una fuente de agua que brota para vida eterna. Quien beba de esta agua nunca tendrá sed (Juan 4:14). Es la satisfacción del alma por un alimento celestial, el pan vivo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre (Juan 6:35, 48, 51). Son ríos de agua viva que fluyen de nuestro pecho hacia nuestros hermanos y el mundo; nuestro cuerpo convertido en templo del Espíritu Santo (Juan 7:37-39). Es la luz de la vida que disipa la oscuridad de nuestro camino, la posibilidad de caminar aquí abajo bajo la luz del rostro de Dios (Juan 8:12). Es la protección y la dirección de un buen pastor, libertad de movimiento, alimento seguro y una vida abundante a la que la muerte no puede poner fin (Juan 10:1-10; Juan 11:25-26). Es un íntimo conocimiento del Padre, la presencia misma de la Trinidad en nosotros, un poder real, la capacidad de hacer obras más grandes que Cristo y dar mucho fruto, y fruto que permanece (Juan, capítulos 14 y 15). Es ser consolados en toda circunstancia y guiados por el Espíritu Santo a toda la verdad (Juan, capítulo 16).

Una realidad para nuestro tiempo

Hombres como nosotros conocieron esta vida en Cristo. Como anunciaba la antigua profecía *el siervo perfecto del Señor*, después de haber entregado su vida en sacrificio por el pecado, verdaderamente prolongó sus días en la tierra (Isaías 53:8-11), animando con su vida a personas con

las mismas pasiones que nosotros. Jesús no cambia y todavía hoy quiere manifestar los signos de su presencia en los que llevan su nombre (Hebreos 13:5, 8). Todos podemos experimentar en nuestra existencia la realidad de todas las promesas del Hijo de Dios, convertirnos en su simiente, en una plantación del Señor para servir para su gloria (Isaías 61:3).

El testimonio de Pablo

El apóstol Pablo proclama que en todo somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos 8:37). Dios nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15:57). Él nos da la victoria en Cristo y, a través nuestro, difunde la fragancia de su conocimiento por todas partes. Porque en verdad somos, para Dios, el olor grato en Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden; para unos, olor de muerte para muerte; para otros, olor de vida para vida (2 Corintios 2:14-16). Salir victorioso en todas las circunstancias, triunfar sobre todo y siempre, esta es la verdadera manera de dar a conocer a Cristo al mundo de una manera capaz de despertar el interés por Él entre los hombres.

Pablo nos revela el secreto de esta vida en estos términos: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gálatas 2:20). En otra parte, el mismo apóstol dirá: *"Porque para mí el vivir es Cristo..."* (Filipenses 1:21). Y más adelante añadirá: *" Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Filipenses 4:13). Tras su encuentro con el resucitado, Pablo nunca se detuvo. Con la mirada fija en Cristo, que se había convertido en el centro y la meta de su vida, no dijo: "camino", sino "corro" (1 Corintios 9:26). Y terminó su carrera exclamando: *"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe"* (2 Timoteo 4:7).

Que ninguno de nosotros dude al afirmar que la vida de Pablo fue excepcional, pues Dios eligió a este hombre para ser el mensajero del Evangelio entre los gentiles. Mientras estaba en prisión, escribió: *"Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros"* (Filipenses 3:17). Ciertamente el Señor se apoderó de Saulo de Tarso. Pero este no se resistió. No solo se dejó coger, sino que también corrió

con todas sus fuerzas en pos de Cristo, buscando asirlo él mismo (Filipenses 3:12). ¿Estamos corriendo, caminando o siguiendo los pasos de Cristo?

El testimonio de Santiago

Santiago nos invita a considerar como un gozo supremo ser objeto de todo tipo de pruebas. La prueba a la que se somete nuestra fe produce paciencia. Pero es necesario que nuestra constancia vaya acompañada de un trabajo perfecto, para que seamos perfectos, irreprochables. El mismo autor nos asegura que toda gracia excelente y todo don perfecto vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces, en quien no hay variación, ni sombra de cambio (Santiago 1:17). De Él podemos recibirlo todo, si no dudamos, porque Dios da gratuitamente a todos, sin reprochar nada.

¿Tenemos, en la oración, la valentía y el poder que provienen de una vida vivida en la presencia de Dios y en Dios mismo?

El testimonio de Pedro

Encontramos la misma nota de victoria en las Epístolas de Pedro. Después de Pentecostés este hombre es transformado. Lleno del poder del Espíritu Santo, vio su predicación coronada de éxito. Al final de su carrera declara, por haberlo vivido *“que Dios ha dado todo lo que contribuye a la vida y a la piedad”*. Y este *“todo”* lo obtenemos por *“como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina...”* (2 Pedro 1:3-4).

Dios ha hecho todo para que el carácter y la gracia de su Hijo se encuentren y abunden en nosotros, para que no permanezcamos ociosos o estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, pongamos más celo en fortalecer nuestra vocación y nuestra elección. Al hacerlo, no hay peligro de que caigamos. Porque de esta manera se nos concederá amplia y generosa entrada al Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 1:5-11). Así como hemos encontrado un camino nuevo y vivo para llegar a Dios, a través de la propia carne de Jesús

(Hebreos 10:19-20), nuestra carne mortal entregada a Dios se convierte en un camino por el cual los hombres pueden llegar a Cristo. Hemos sido redimidos a un gran precio y Dios espera de nosotros la ofrenda viva, santa y agradable de nuestro cuerpo (Romanos 12:1-2; 1 Corintios 6:20; 2 Corintios 4:10-12). ¿Sabemos en el tiempo presente cómo glorificar a Dios en nuestro cuerpo?

El testimonio de Juan

Para el apóstol Juan, la vida en Cristo trae gozo perfecto en comunión total con el Padre y su Hijo Jesucristo. El caminar del discípulo se vuelve como el del Maestro. Es una vida en luz, amor y verdad. Habiendo nacido de Dios, sus mandamientos no son gravosos. Tiene confianza ante Dios. La intimidad con Jesús lo hace triunfar sobre Satanás, el pecado y el mundo. La esperanza de su regreso lo purifica como Jesús es puro. La vida en Cristo vence al mundo, y la victoria que vence al mundo es su fe. En esta confianza que tiene en Él, el redimido busca la voluntad de Dios y tiene la seguridad de ser respondido en todas sus oraciones. En un mundo sumergido enteramente en el mal, el nacido de Dios es guardado, y el maligno no tiene poder sobre él (1 Juan, capítulos 1 a 5). Habiendo recibido la inteligencia para conocer al Verdadero, ¿tenemos excusa para no estar diariamente en Él?

El testimonio de Judas

Judas, el hermano de Santiago, a su vez, confirma que la vida en Cristo nos enseña acerca de todas las cosas. Afirma que la fe, es decir, la totalidad de las verdades del cristianismo, fue transmitida a los santos de una vez por todas (Judas 3). Por tanto, no tenemos nada que modificar en la enseñanza recibida de Cristo y sus apóstoles. Nada que añadir ni nada que quitar. Es permaneciendo fieles a nuestro único Maestro y Señor, Jesucristo, edificándonos sobre nuestra fe, orando por el Espíritu Santo, que permaneceremos firmes en el amor de Dios, listos para recibir la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna. En Cristo, tenemos la seguridad de que Dios puede salvarnos de cada caída y presentarnos ante su gloria sin mancha, con abundancia de gozo. Teniendo tal futuro, ¿podemos murmurar, quejarnos de nuestra situación y caminar en nuestros deseos?

El testimonio de Lucas

La lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles debería convencer a quienes aún dudan de la plenitud del don de Dios. Vemos en estas páginas escritas por *el médico amado*, la vida misma de Jesús manifestada con poder en la carne mortal de los discípulos. Nadie puede negar que Pentecostés fue la hora decisiva para los apóstoles. Antes de aquel acontecimiento, su testimonio fue el de una mediocridad dorada. Ciertamente habían respondido al llamamiento de Cristo. Sin dilación, lo habían dejado todo para seguirle: familia, bienes materiales, sustento. Sin embargo, no habían abandonado su yo. Todavía se preocupaban por su futuro. ¿Cuáles serían las consecuencias de su sacrificio? Su vida no estaba completamente en dependencia de la de su Maestro (Mateo 19:27). Este milagro se cumplió el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4). El Espíritu Santo entró en ellos y los transformó. Cristo ya no estaba físicamente con ellos. Fue aún mejor, vino a habitar en ellos (Juan 14:23). Lo que ocurrió el día de Pentecostés debe ser una realidad para todo creyente (Hechos 2:39). ¿Conocemos individualmente la plenitud y renovación del Espíritu Santo?

Una necesaria comparación

Enseñamos fácilmente que nuestros privilegios en la era cristiana son infinitamente superiores a los que disfrutaban los creyentes del Antiguo Pacto. El Espíritu Santo revestía momentáneamente a aquellos hombres con su poder. A través de Él realizaron actos valerosos. Sin embargo, el Espíritu Santo no habitaba permanentemente en ellos (Juan 7:39). Pero en el nuevo pacto, desde la ascensión de Cristo al Padre, el Espíritu prometido, el Consolador, fue enviado a la tierra a habitar en la Iglesia y en cada creyente (1 Corintios 12:13). Si esto es cierto, ¡qué vida deberíamos tener! Cualquier alma regenerada que contemple la vida de los hombres de Dios del Antiguo Testamento solo puede exclamar:

—¡Cómo debería ser mejor mi comprensión de los pensamientos de Dios que la de Abel, cuyas obras eran justas! Había seguido el consejo de Dios sobre el pecado y el sacrificio. Su ofrenda sangrienta fue aceptada por la divinidad.

—¡Cómo debería ser mi caminar en este mundo más santo y más fiel

que el de Eno! Este patriarca caminó trescientos años con Dios, en medio de una generación corrupta y perversa. Supo agradar a Dios hasta tal punto que el Señor se lo llevó, para que no viera la muerte.

—¡Cuánto más útil debería ser mi obra que la de Noé! Divinamente advertido de hechos que aun no se habían producido, fue presa de un respetuoso temor y construyó un arca para salvar a su familia.

—¡Cómo debería superar mi obediencia a la de Abraham! Por orden de Dios, este hombre dejó su país y sus parientes y se fue sin saber a dónde se dirigía.

—¡Cómo, finalmente, mi fe debería estar más viva que la de todos estos héroes citados en la Epístola a los Hebreos! Muchos conquistaron reinos, impartieron justicia, obtuvieron promesas, cerraron la boca de los leones, abrazaron el poder del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron sus enfermedades, fueron entregados al tormento y no aceptaron la liberación. Otros fueron burlados y azotados, encadenados y encarcelados. Otros fueron apedreados, aserrados, torturados. Murieron asesinados a espada, iban de aquí para allá, vestidos con pieles de oveja y pieles de cabra, desprovistos de todo, oprimidos, maltratados, vagando por los desiertos, las montañas, las cuevas y las guaridas de la tierra, de los cuales el mundo era indigno (Hebreos, capítulo 11).

A pesar de nuestras ventajas espirituales, ¿estamos viviendo mejor que los testigos de Dios que precedieron a la era cristiana?

Una honesta confesión

Si somos rectos ante Dios, vemos nuestra miseria y la gran debilidad del testimonio cristiano. Somos lentos de entendimiento para comprender y creer los pensamientos profundos de Dios, incluso sobre el pecado y su expiación a través de la sangre de Cristo. Abel comprendió lo que muchos de nuestros contemporáneos aún no pueden concebir. Nuestras dificultades para caminar con Dios son cada vez más visibles. Su aprobación ya no es suficiente para nosotros. Su santa presencia apenas deleita nuestro corazón. No podemos estar cara a cara con Dios. Nos amoldamos al mundo y nos hacemos amigos de Él. El temor saludable al juicio de Dios tiende

a perderse. Ante los terribles acontecimientos que vendrán sobre la tierra, permanecemos inconscientes. ¿Dónde está nuestro celo por advertir a las almas y avisar a los que están a punto de morir? Somos reacios a tomar partido y trabajar por una obra que condena al mundo. Nos es difícil ir contra la corriente del pensamiento y la sabiduría humanos.

Religioso o ateo, el hombre quiere mejorar el mundo, mientras que el plan de Dios es sacar del mundo, al que va a juzgar, un pueblo que lleve su nombre. Noé creyó, temió, predicó y trabajó por su propia salvación. Apenas sabemos cómo obedecer los mandamientos de Dios, cuando su voz confunde nuestros pensamientos, proyectos y planes. En medio del paganismo, Dios encontró a un hombre del que podía disponer: Abraham estaba dispuesto para Dios. Reconozcamos cuán reacios somos a dejar todo por Dios. Nuestra posición, nuestra comodidad, nuestra reputación, nuestro prestigio, nuestros derechos todavía significan mucho para nosotros. Moisés supo rechazar una posición destacada y perderlo todo por su pueblo y su Dios. Nuestra incredulidad nos paraliza. No creemos que Dios pueda hacer algo a través nuestro, si nos entregamos a Él. Hemos olvidado que su poder se perfecciona en nuestra debilidad (2 Corintios 12:9). Incluso en los días críticos de los jueces, Gedeón y otros con él, y después de él, creyeron. Conocieron victorias asombrosas.

Finalmente, el miedo al sufrimiento, el apego a nuestros bienes, la búsqueda de honores, toda nuestra actitud clama al mundo que todavía nos aferramos a nuestra vida terrenal, a este yo odioso al que solo hemos renunciado en teoría. No vivimos ni aplicamos los ideales que profesamos. Los héroes del Antiguo Testamento, a pesar de sus faltas, lo perdieron todo, despreciando al mundo y sus propias vidas por amor a su Dios.

Un severo diagnóstico

Es inútil dogmatizar. Si queremos sanar es hora de admitir nuestra mediocridad. Se refleja en la Iglesia y en nuestro testimonio por todos los males que sufrimos colectiva e individualmente. Pobre entendimiento de las verdades fundamentales del cristianismo, andar cojos espiritualmente, hacer obras muertas, desobediencia flagrante a los mandamientos de Dios. Algunos van en dirección opuesta a la voluntad de Dios. Otros se

quedan donde están. Se toleran la idolatría y las falsas doctrinas, deseando a toda costa permanecer en *"el país de su nacimiento y de su parentela"*. No sabemos renunciar. Por otro lado, insistimos en nuestros derechos, nos aferramos a lo que tenemos. Sin ni siquiera darse cuenta, algunos se oponen con todas sus fuerzas al Espíritu Santo, que quisiera llevarlos más lejos. De estas actitudes nacen el cansancio, las disputas, las riñas, los celos, las divisiones que entristecen y apagan el Espíritu.

En este estado, las iglesias ya no conocen la oración victoriosa. Las respuestas son raras. La duda corroe los corazones. Al exponer nuestras peticiones a Dios, sentimos la necesidad de inclinarnos hacia la derecha y hacia la izquierda, cerrando así nuestro acceso al cielo por nuestra falta de fe. Mientras afirmamos servir al Señor, ya no tenemos tiempo para Él; estamos ocupados organizando nuestra vida y nuestras comunidades de tal manera que Dios ya no tenga que intervenir. Sin darnos cuenta, estamos construyendo refugios contra las dispensaciones de la Providencia, asegurándonos en este mundo contra todos los riesgos posibles. Y esta vida que se adapta al mundo se ha vuelto tan normal en las iglesias que cualquier cosa que no parezca mediocre resulta extraña. Es aquí donde podemos recordar una vez más las palabras de J. Joubert¹: *"La mediocridad es excelente para los mediocres"*.

Un remedio posible

Dios quiere una vida plena para los suyos (Efesios 5:18b). Despertemos y consideremos seriamente nuestra vocación y nuestra elección. No llegamos hasta el final de la experiencia cristiana. Conocemos la Navidad, el Viernes Santo y la Pascua, pero parece que ignoramos el poder de Pentecostés. O, si lo hemos sabido, hemos perdido nuestro primer amor y hemos contristado al Espíritu Santo de Dios que está en nosotros (Apocalipsis, capítulo 3).

No escuchemos o defendamos la Palabra. Practiquémosla. Las promesas de Dios son ciertas y verdaderas, las condiciones de su cumplimiento están a nuestro alcance. Habiendo reconocido y confesado nuestro pecado, caminemos en una nueva obediencia a los mandamientos del Señor. Él quiere nuestra felicidad. No tengamos miedo de renunciar a nosotros

mismos. De lo contrario nos quedamos a mitad de camino, y estar a mitad de camino es elegir la mediocridad como nuestro objetivo en la vida. Es servir y no servir a Cristo. El servicio al que Dios nos llama debe realizarse con alegría (Salmo 100:2). Pero para servirle con alegría hemos de amarlo. Este amor nos conduce a la obediencia. Y esta obediencia nos lleva a renunciar a todo por Él. Mediante esta renuncia, vivimos en medio del mundo en completa dependencia de Él, manifestada por la confianza, la fe, la humildad y la mansedumbre de Cristo (2 Corintios 10:1).

Debemos tener una comprensión clara de lo que Dios espera de nosotros. Estamos llamados a amar al Señor; a acompañar a las almas a someterse a Dios y llevarlas a renunciar a todo por Él. Dios no espera nada más de nosotros. No le importan nuestras iniciativas ni nuestra imaginación. No hemos de preocuparnos por lo que somos o seremos algún día a los ojos del mundo, sino de que a través de nuestro amor, nuestra obediencia y nuestra renuncia total, Dios pueda hacer algo con las almas a través nuestro. No perdamos nunca de vista esto, porque si no muy pronto acabaremos en el callejón sin salida de la mediocridad. Hace cuatro siglos, una notable cristiana dijo: *"Lo importante es aborrecer la propia vida e ignorar los honores. Cuando los apóstoles proclamaban la verdad y la defendieron, para la gloria de Dios, no les importó si lo perdían o lo ganaban todo. Porque es indiferente para aquel que sacrifica todo por Dios. ¡Qué gran libertad disfrutamos, cuando consideramos como esclavitud vivir y ser dirigidos según las leyes del mundo!"*.

Como esta libertad se obtiene de Dios, no hay esclavo aquí en la tierra que no deba estar dispuesto a arriesgarlo todo por Cristo. Él es el camino verdadero. Caminemos en Él sin detenernos, porque no podremos llegar a la posesión total de tan rico tesoro hasta el final de nuestra carrera. Que el Señor nos conceda la gracia para hacerlo. *"Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oírás Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí"* (Isaías 58:8-9a).

1 ► Ver nota 7 del capítulo 2.

5. La santificación, o el camino que conduce a la santidad

La infinita y multiforme sabiduría de Dios

Dios aún no ha terminado de asombrar a los discípulos de su Hijo, por la conversión de los más lejanos o cercanos a él. También quiere que entendamos que todos los caminos que conducen al bien (Proverbios 2:9) no necesariamente siguen la ruta que Él nos ha trazado, o que siempre estamos dispuestos a imponer a los demás.

¿Quién podría haber previsto la conversión de la mujer samaritana después de su encuentro con Jesús en el pozo de Jacob? ¿Quién hubiera pensado que esta mujer llevaría la fe en el Salvador del mundo, a muchos de sus conciudadanos? (Juan 4:4-42).

¿Quién podía esperar la liberación del peligroso loco que vivía entre los sepulcros de la tierra de los gadarenos? ¿Quién podía imaginar todo el trabajo que este endemoniado liberado haría por Jesús en Decápolis? (Marcos 5:1-20).

¿Quién hubiera pensado que Jesús, en Jericó, a pesar de los murmullos de la multitud, iría y se quedaría en la casa de Zaqueo, recaudador de impuestos, trayendo la salvación a aquella casa y produciendo allí fruto inmediato? (Lucas 19:1-10).

¿Quién hubiera esperado la conversión del malhechor en la cruz y quién hubiera creído que iría al Cielo, cuando poco antes de su muerte había insultado, junto con su compañero, al Señor crucificado? (Mateo 27:44; Lucas 23:40-43).

¿Quién hubiera pensado que, tras su grave fracaso y su triple negación, Pedro, restaurado por el Señor traería en su primera predicación de Pentecostés tres mil almas al Señor? (Hechos 2:41).

¿Quién podía pensar que, en el mismo momento en que Saulo de Tarso caminaba hacia Damasco, respirando amenazas y muerte contra los creyentes, Dios iba a derribarlo en el camino y convertirlo en el apóstol de los gentiles? (Hechos 9:1-16).

¿Quién podía suponer que en la ciudad de Filipos, una mujer llamada Lidia creería lo que Pablo estaba diciendo, en una reunión al aire libre junto a un río? ¿Quién hubiera imaginado que esta vendedora de púrpura pondría inmediatamente su casa a disposición del apóstol y sus compañeros? (Hechos 16:12-15).

En esa misma ciudad de Macedonia, ¿quién hubiera creído que el carcelero de la prisión, una noche, escucharía la palabra del Señor y sería salvo y bautizado, él y toda su casa? (Hechos 16:23-24).

Y podríamos citar otros ejemplos de conversiones, tanto en el Antiguo Testamento como en los Evangelios, los Hechos y las Epístolas. Todas corroboran las palabras de Jesús a Nicodemo el fariseo: *"El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu"* (Juan 3:8).

Las inmensas riqueza de su gracia

Cuando Dios, en su absoluta soberanía, ofrece su gracia a un alma, no está limitado por hombres, lugares o circunstancias. Gloriosamente libre, su hora no es siempre nuestra hora y, muy a menudo, el modo en que el Señor se revela a sus criaturas y los medios que emplea, no se corresponden en absoluto con nuestros pequeños esquemas evangélicos y nuestra comprensión teológica de las cosas espirituales (Romanos 11:33-36). Incluso los inconversos tienen también sus ideas de cómo Dios debería operar hacia ellos para purificarlos. Naamán, el sirio es un ejemplo. Sin las insistentes exhortaciones de sus servidores, este general habría perdido la bendición y hubiera vuelto furioso, pero todavía leproso, a su país. Para ser sanado, tuvo que renunciar a su orgullo y a los pensamientos de su propio corazón, para someter su voluntad a la Palabra de Dios, pronunciada para él por el profeta Eliseo (2 Reyes 5:1-19).

No son nuestras buenas obras o nuestras formas de piedad, ni nuestra concepción personal de la verdad, ni la comprensión recibida las que pro-

ducen nuestra salvación. Sólo la fe nos salva, cuando se aferra a la gracia de Dios en el momento en que Él, en su gran paciencia, nos la concede.

Una salvación tan grande

Una cosa, sin embargo, no varía. En todo momento, la salvación ofrecida al hombre por un Dios santo solo puede ser la santidad misma. La obra redentora de nuestro Creador no termina con la justificación de los pecadores. Siempre incluye su santificación y su glorificación. Por eso la Palabra de Dios es totalmente ajena a esa *"pequeña salvación"* que daría al perdido la seguridad gratuita del perdón de sus pecados y una garantía contra el infierno y los tormentos eternos, pero dejándolo vivir bajo el dominio del pecado (Romanos 6:14).

Si ya hemos mostrado cómo la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres, se manifiesta de varias formas, por otro lado, es bueno enfatizar nuevamente que la enseñanza de la gracia es la misma en todos los tiempos y para todos los hombres. Esta gracia enseña a los que son salvos a renunciar a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, y a vivir en la era presente de acuerdo con la sabiduría, la justicia y la piedad, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria del gran Dios y de nuestro Salvador Jesucristo (Tito 2:11-14).

La revelación de tan gran salvación de Dios para los hombres es obra del Espíritu Santo (1 Corintios 2:9-10). Desde el principio y hasta el final de la carrera cristiana, el Espíritu continúa su acción en nosotros, deseando llegar a todos los ámbitos de nuestra vida. En algunos, opera mediante una iluminación repentina que les hace aceptar como verdaderas, no sólo la existencia de Dios, sino también el testimonio que las Escrituras dan del hombre y de la persona y obra de Jesucristo.

El descubrimiento de la luz

Muy a menudo, digámoslo, es escuchando la predicación fiel del Evangelio, o simplemente leyendo la Biblia, que los incrédulos entran en contacto con el Señor. Aprenden por sí mismos que no hay salvación en nadie más que en Jesús; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los

hombres, en el que podamos ser salvos (Hechos 4:12). Lejos de producir en el oyente o lector de la Biblia un gozo estimulante, la Palabra de Dios suscita primero en el corazón de quien la recibe, un temor saludable y una profunda humillación (Habacuc 3:2a).

Si a veces en la obra de la gracia la fe precede al arrepentimiento, así como el conocimiento del amor de Dios puede llegar antes que la revelación de su justicia y santidad, podemos estar seguros de que, tarde o temprano, el Espíritu de Dios hará que nos conozcamos a nosotros mismos y nos revelará las maldades de nuestro corazón carnal. No es probándonos a nosotros mismos que aprendemos a descubrir el pecado dentro de nosotros y nuestra debilidad natural. La luz que ilumina todo nuestro ser emana de la vida misma de Cristo, y la excelencia de esta vida nos hace descubrir nuestra propia ruina. Llenos de horror por lo que somos ante Dios comprendemos que, con o sin nuestras obras, solo merecemos la condenación y la muerte.

El arrepentimiento ante Dios

Este dolor agudo, esta tristeza, según Dios, no es otra cosa que el arrepentimiento, que es el comienzo o la profundización de la obra de la gracia en el hombre (2 Corintios 7:9-11). Ya sea que venga antes o después de la fe, no hay vida profunda con Dios sin que el alma humana sepa por experiencia qué es el arrepentimiento. Los hombres más rectos y puros han conocido este arado del alma que conduce a la vida abundante y permite que se den más frutos para Dios. Nuestro Padre Celestial no permite que sus hijos vivan en ilusiones o incluso en el deslumbrante amanecer. A través de sus caminos y según el estado de cada uno de nosotros, Dios nos está educando. Su Espíritu nos presenta las declaraciones formales de la Sagrada Escritura. La conciencia del pecador, siendo despertada, exige imperiosamente la expiación de sus faltas.

Pero, ¿qué expiación puede dar paz a una conciencia cansada y descanso a un corazón atribulado? Una expiación que nos dejara la vida y que se cumpliera con obras, penitencias, mortificaciones y un ascetismo muy estricto, no llegaría a cubrir nuestros pecados. Una convicción nacida de la acción del Espíritu Santo y de la Palabra de Dios nos hace admitir que *“la*

paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23a), y que “sin derramamiento de sangre no hay remisión o perdón” (Hebreos 9:22). En el amanecer gris de un nuevo día, el creyente clama: “¡Ay de mí! que soy muerto” (Isaías 6:5). Y también: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24).

La fe en nuestro Señor Jesucristo

La convicción de pecado y la confesión de nuestra incapacidad para salvarnos a nosotros mismos suelen estar entre los primeros signos de la gracia de Dios operando en el corazón. El Espíritu Santo dirige entonces nuestra mirada a Cristo, cuya misión terrenal no sólo consistió en hacer saber a los hombres lo que son ante Dios, sino en mostrarles su amor y convencerlos de su perfecta justicia (Juan 16:8-11).

Por el don de su Hijo unigénito, Dios quiere salvar de la perdición eterna a todo aquel que crea en Él. Al revelarnos las infinitas perfecciones de su Hijo unigénito, Dios nos asegura que esta vida ha cumplido con todos los requisitos de su santidad. Esta vida fue dada por nosotros. A través de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo aplica la sangre derramada de Cristo a nuestra conciencia, y nos recuerda que Jesús expió nuestras iniquidades en la cruz del Calvario, para que su vida resucitada se convierta en nuestra vida.

Ante las declaraciones de Dios, que no puede mentir y que nos ha mostrado su amor en el Gólgota, la fe brota del corazón y se apropia de este divino Salvador. Al confesar al Señor Jesús con nuestra boca y creer en nuestro corazón que Dios lo levantó de los muertos, somos salvos (Romanos 10:9-10).

Justificación y santificación

Desde el momento en que un alma acude a Cristo, por la fe en su Palabra, la justificación del pecador es total ante Dios (Romanos 3:21-26; 5:1-2). Creyó lo que Dios le dijo sobre el hombre y lo que le reveló sobre su Hijo. Ahora sabe que sus pecados están perdonados y que Dios ya no los recuerda (Hebreos 10:17). La certeza de la Palabra de Dios llena de

alegría su corazón y el mismo Espíritu Santo viene a dar testimonio a su espíritu de que es hijo de Dios, que tiene vida eterna (Romanos 8:16).

Entonces comienza en los redimidos del Señor la obra de santificación, que es la obra espiritual continua del Espíritu Santo dispuesto a reproducir la vida de Jesús en nuestra carne mortal. Fijando nuestros ojos en Jesús, Él nos transforma en la misma imagen, de gloria en gloria (2 Corintios 3:18), hasta que el Señor Jesús, en su venida, nos haga semejantes a Él cuando lo veamos como Él es (Filipenses 3:20-21). Es a esta obra de santificación, que sigue a la justificación y precede a la glorificación, a la que estamos llamados a trabajar con temor y temblor (Filipenses 2:12-13), renunciando totalmente a nosotros mismos y a lo que somos por naturaleza, para seguir a Cristo, convertido en nuestra vida, nuestro modelo, nuestra meta.

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:24-26).

Un recortadorio necesario

En el lenguaje de las Escrituras, santificar significa apartar para el servicio de Dios. Si la santidad es el fin a alcanzar, la santificación es el camino que conduce a esta gloriosa meta. Dios quiere formar en la tierra, separándolo del mal, un pueblo que le honre y le sirva (Efesios 1:4-5), esperando del cielo a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, Jesús, que nos libra de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:10). El Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:3-4) nos llama de ahora en adelante a participar de su santidad, que es más que su carácter, es su propia naturaleza (Hebreos 12:10). Según las Escrituras, la santificación no es solo una condición de la salvación, sino que es una parte integrante de la misma. Es un elemento necesario. Así como *“sin derramamiento de sangre no hay perdón”* (Hebreos 9:22), *“sin santidad nadie verá al Señor”* (Hebreos 12:14).

Anunciar correctamente la palabra de verdad

Cuando predicamos el Evangelio, nos corresponde llevar a las almas todo el consejo de Dios (Hechos 20:27), para no dejar que los hombres vivan en la más trágica de las ilusiones. El que dispensa justamente la Palabra de verdad (2 Timoteo 2:15) nunca podrá enfatizar lo suficiente el precio de la gracia de Dios (1 Corintios 6:20; 1 Pedro 1:18-20). Si el pecado reinó para muerte, la gracia reina por la justicia para vida eterna (Romanos 5:21).

Entonces, la fe que salva no consiste solo en creer en el sacrificio redentor de Cristo. Toda fe real deposita en nuestro corazón el germen de una nueva vida que nos conduce desde nuestra conversión, por el camino de la salvación. En este camino aprendemos que nuestra persona y nuestra vida, todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, pertenecen al Señor que quiere consagrarlos por su Espíritu al servicio de Dios (1 Tesalonicenses 5:23).

Cuando la conversión es obra del Espíritu Santo, y no producto de un condicionamiento religioso artificial, tendente a arrancar una decisión de un corazón carnal, engañoso y desesperadamente malvado, la fe que se aferra a la gracia de Dios produce una renovación interior total (Romanos 6:19). La vida entera es transformada (2 Corintios 5:17). De ahora en adelante ya no nos pertenecemos a nosotros mismos (1 Corintios 6:19), sino que nos convertimos en siervos de Dios. Somos su obra, habiendo sido creados en Jesucristo para las buenas obras que Dios ha preparado de antemano, para que las practiquemos (Efesios 2:10).

Unas verdades inseparables

Como ya hemos señalado, la santificación es inseparable de la justificación por la fe, sin la cual no es posible. Sin embargo sería un error confundirlas. Las Escrituras las distinguen pero también asocian siempre estos dos elementos de nuestra salvación, ambos centrados en Jesucristo. El apóstol Pablo escribió a los corintios: *"Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención"* (1 Corintios 1:30).

La justificación es completa desde el primer momento para cualquiera que, sin esperanza en sí mismo, haya respondido al llamamiento del Salvador: “¡Ven a mí!” (Mateo 11:28-30). El hombre pecador encuentra entonces en Jesús perdón y paz. Bebe gratis de la fuente del agua de vida (Apocalipsis 22:17).

La santificación, por el contrario, nunca se completa. Es la asimilación progresiva por el alma de la vida de Cristo, y la respuesta del creyente a esta otra llamada de Jesús: “*Permaneced en mí, y yo (permaneceré) en vosotros*” (Juan 15:4). La santificación que no se basa en la justificación por fe no tiene valor ante Dios. Asimismo, no existe una justificación que no sea seguida de santificación.

El fruto natural de la fe

La gran salvación que nos presenta la Palabra no es otra que la posesión de Dios en la eterna bienaventuranza. En la conversión, Dios nos hace conscientes de su inmenso amor por nosotros. Entendemos no solo que Él nos ama (Apocalipsis 1:5b), sino que siempre nos ha amado (Jeremías 31:3b), y que nada podrá separarnos de su amor (Romanos 8:38-39). Sin embargo, Él no nos conforma instantáneamente a la imagen de su Hijo ni nos lleva inmediatamente a la gloria. Por eso la Escritura declara que “*en esperanza fuimos salvos*” (Romanos 8:24).

Dios nos promete la salvación, hecha posible por la obra perfecta de Cristo. La fe se apropia de esta promesa y el Espíritu Santo deposita en nuestro corazón el germen de una nueva vida. Este germen se va desarrollando y su crecimiento es la santificación o, si se quiere, un elemento de la regeneración. Por tanto, la santificación no es un esfuerzo de la vieja naturaleza que busca una reparación o una nueva dirección. Es el fruto natural de la fe en Jesucristo, una vida en el Espíritu que también nos lleva a caminar en el Espíritu (Gálatas 5:25).

Este caminar por la fe consiste en dejar de seguir nuestros propios caminos y los deseos de nuestros ojos, en no seguir más las inclinaciones de nuestro corazón. Desde el día en que conocimos el amor que Dios tiene para con nosotros, desde el momento en que creímos (1 Juan 4:16),

el Espíritu Santo vino a morar en nosotros, solo Él puede reducir la carne al silencio, crucificándola junto con sus pasiones y deseos (Gálatas 5:24). Llenando nuestras almas con el conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría y entendimiento espiritual, el Espíritu Santo nos hace andar en un camino digno del Señor, para ser enteramente agradables a Él, dando fruto en toda clase de buenas obras y creciendo mediante el conocimiento de Dios. Fortalecidos así en todos los aspectos por su glorioso poder Él puede mantenernos siempre perseverantes y pacientes (Colosenses 1:9-11).

Como Cristo

El modelo de santificación es Cristo. Siervo de Dios por excelencia, se santifica por los suyos (Juan 17:19). Está totalmente dedicado a Dios y a su obra de salvación. Jesús es el camino. Es la verdad, ¡Cristo es la vida! (Juan 14:6). Los discípulos siguieron sus huellas y, en virtud de nuestra fe, estamos comprometidos en los caminos de la santificación (1 Corintios 1:2).

Lamentablemente, a lo largo de la historia, muchas iglesias, ignorando la espiritualidad del cristianismo, han reducido la santificación a un judaísmo obsoleto. La obra del Espíritu en nosotros no nos conduce a un ascetismo exterior: celibato, abstinencia, mortificación. Muchas almas ignorando la sencilla enseñanza del Evangelio han dado con sus prácticas y su forma de vida una imagen caricaturesca y repulsiva de la santificación.

La auténtica vida cristiana no se manifiesta en la privación de personas y cosas, sino en la entrega total de uno mismo al Señor y al prójimo por el que murió Jesucristo. No es cuestión de obedecer reglas y mandamientos humanos: ¡no manejes, no gustes, no toques! (Colosenses 2:20-21). Todo lo que es verdaderamente natural es bueno, es don de Dios y puede ser santificado por la oración y hecho para la gloria de Dios (1 Timoteo 4:1-5; 1 Corintios 10:31). Por tanto, el deber del cristiano no es abstenerse, sino subordinar lo visible a lo invisible.

Así es como Cristo unió la disciplina espiritual y la libertad práctica en su vida. Al liberarnos, Cristo nos hizo verdaderamente libres (Gálatas 5:1). Solo que no tenemos que usar nuestra libertad como una oportunidad para satisfacer la carne. Al contrario, por amor, hemos de servirnos unos

a otros ya que toda la ley se cumple en esta declaración: *"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Gálatas 5:13-14).

La necesidad de la santificación

Habiendo nacido de Dios, hemos recibido el Espíritu de su Hijo en nuestro corazón. No estando ya bajo la ley, sino bajo la gracia, nos consideramos por fe muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo. Sin embargo, la lucha contra el pecado y, por tanto, la obra de santificación se renueva constantemente, porque los enemigos de nuestra salvación, si bien han sido vencidos, aún no están aniquilados. Debemos tener en cuenta a Satanás, el tentador, también llamado nuestro adversario, el diablo. Merodea a nuestro alrededor como león rugiente, buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). También se transforma en ángel de luz, esperando la oportunidad favorable para seducir a los elegidos y hacerlos caer en sus terribles redes (2 Corintios 11:14).

Hasta el final del camino, estamos llamados a ser sobrios, a velar y a orar para resistir y vencer al Príncipe de este mundo. El mundo en el que vivimos, y donde estamos para dar testimonio de Dios, también hará todo lo posible por seducirnos con sus engañosos atractivos. Sabiendo que todo lo que hay en él, la concupiscencia de la carne, de la vista y la soberbia son ajenas a la vida de Dios (1 Juan 2:15-17), rechazaremos la amistad de este siglo, recordando que Jesús, el amor del Padre, no tiene cabida en el corazón de los que aman al mundo (Santiago 4:4).

El pecado, no pudiendo ya dominarnos, buscará encontrar en nuestra carne un terreno adecuado para manifestar sus obras. Sabemos que el pecado nos envuelve fácilmente con las preocupaciones diarias (Hebreos 12:1). La única forma de rechazarlo es considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo (Romanos 6:11). Debemos saber finalmente, que nuestra muerte con Cristo y nuestro nuevo nacimiento, no puso fin a la carne, sino a su reinado, a sus crudas manifestaciones, a este viejo hombre, a esta antigua forma de vida que manifestaba nuestro ser no regenerado (1 Pedro 1:18). En efecto, nuestro viejo hombre, manifestación del pecado y de la carne, fue crucificado (Romanos 6:6). Por tanto, tenemos que deshacernos de él por completo (Colosenses 3:9), habiéndonos

revestido del nuevo hombre creado según Dios (Efesios 4:20-24), para ser alimentados por la Palabra y dirigidos por el Espíritu Santo.

El nuevo hombre no es deudor de la carne para vivir según ella (Romanos 8:12). Los derechos que ella reclama los ha perdido. Por eso la Escritura nos exhorta a no proveer para los deseos de la carne (Romanos 13:14). Así es como todo lo anterior nos hace comprender por qué la vida cristiana que sigue a la conversión se nos presenta siempre en los Evangelios y las Epístolas como una carrera, una lucha, un esfuerzo, un acto continuo de vigilancia para permanecer en la dependencia del Señor y en total entrega a su voluntad (Colosenses 4:12b).

Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.

Epístola a los Romanos 6:22

6. El secreto de la santificación, una obra del Espíritu de Dios

Estar en Cristo

Por amor, Cristo se santificó a sí mismo por los suyos (Juan 17:19). Él es, por tanto, el camino por el que todo discípulo debe andar al cruzar este mundo. No hay vida cristiana real fuera de este camino, nuevo y vivo. A través de su propia carne, Jesús inauguró para todos sus redimidos el único camino que conduce al Padre (Hebreos 10:19-20; Juan 14:6). Si por la fe permanecemos en Cristo, Él permanece en nosotros, y no tenemos nada para mostrar al mundo excepto a Cristo. Siendo Jesús nuestra santificación, los que están en Él están protegidos por Él de todo mal. Cualquiera que permanezca en Cristo ya no tiene que preguntarse de qué separarse o de qué abstenerse. Cristo está entre él y todo lo que le rodea. Cualquier cosa que pueda destruir el carácter de Cristo ante los hombres debe considerarse una caída, aunque puede que no parezca un pecado grave.

Con demasiada frecuencia, son las cosas que ignoramos las que constriñen al Espíritu Santo y retrasan nuestro progreso espiritual en el camino hacia la santificación. En este caminar en Cristo, que debe caracterizar a todos los redimidos del Señor, el alma aprende a conocer la verdad que está en Jesús. Esta verdad es el pensamiento de Dios con respecto a todas las cosas. El que ha recibido la Palabra divina y cree en el Hijo de Dios, obtiene del Señor la fuerza necesaria para seguirla. Con este nuevo poder, puede pelear la buena batalla y terminar su carrera terrenal manteniendo la fe (2 Timoteo 4:7). A cualquier edad, según el plan de Dios, el hombre regenerado está listo para dejar esta vida en circunstancias tranquilas o violentas. El sentimiento de la gracia de Dios y la seguridad de la recompensa llenan su corazón hasta el final. Su paso de este mundo al Padre será el acto final por el cual el hijo de Dios sellará su testimonio ante incrédulos y creyentes.

Esta vida de total dependencia del Señor solo puede concebirse si Dios se ha convertido en el objeto de nuestros más queridos afectos. La fuerza para seguir los pasos de Cristo tiene su origen en el amor de Dios revelado por el don inefable de su Hijo. Este amor del hombre por Dios es fruto del Espíritu Santo que nos conduce a un conocimiento cada vez más íntimo del Señor y de sus pensamientos de gracia para con nosotros. Convertidos en hijos de Dios por la fe, adoramos al Padre en espíritu y en verdad, relacionándolo todo con Dios en la vida práctica. Tanto si Dios nos prueba como si nos castiga, si nos libera o nos da gozo, todo es recibido de su mano, con la seguridad de que los motivos del Padre siempre proceden de su bondad infinita para con el hombre. Permanecemos así en la certeza que da la gracia, en la presencia de Dios, que está por encima de todo, en todas partes y en todos (Efesios 4:6). Este es el secreto de un caminar santo y tranquilo en perfecta paz de espíritu (Isaías 26:3). El amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo están constantemente activos en nuestra vida (2 Corintios 13:14).

Una doctrina esencial

Toda la doctrina de la salvación en el Nuevo Testamento se basa en el principio de nuestra muerte y resurrección con Cristo. Jesús no solo murió y resucitó por nosotros, sino que morimos y resucitamos con Él y somos asociados con Él en su gloria. La fe nos hace tomar las Escrituras en serio. A medida que hacemos la voluntad del Señor cada vez mejor, aprendemos por experiencia que la doctrina de Jesús es divina y no habló por su propia cuenta (Juan 7:17).

En nuestro estado natural, ajenos a la vida de Dios, se nos consideraba muertos en nuestras faltas y en nuestros pecados y por tanto, incapaces de salvarnos a nosotros mismos (Efesios 2:1; Romanos 5:6). Al revestirse de un cuerpo de carne semejante al pecado, Jesús hizo posible la condena del pecado en la carne. Con su muerte en la cruz, el Unigénito de Dios satisfizo plenamente los justos requisitos de la ley (Romanos 8:3). Pero Cristo no solo expió todas nuestras faltas al tomarlas sobre sí mismo. Con la ofrenda de su cuerpo, hecha una vez para siempre, Jesús quiso separarnos del pecado atrayéndonos a Él en su muerte y resurrección (Hebreos 10:10-18). Habiendo sufrido por nosotros en la carne, Jesús terminó con

el pecado, dándonos la posibilidad de no vivir más según los deseos de la carne, sino según la voluntad de Dios, durante el tiempo que nos queda por vivir (1 Pedro 4:1-2). Por ello debemos considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo (Romanos 6:11).

El Espíritu, el agua y la sangre

Dios obra nuestra santificación a través de su Espíritu, que tiene la Palabra de Dios como órgano y la preciosa sangre de Cristo como fundamento. El Espíritu de Dios, tan distinto del nuestro, obra en todo el hombre. Penetra en nuestra mente, la regenera, la ilumina, la persuade y la dirige. Al morar en nosotros, el Espíritu Santo somete gradualmente las capacidades de nuestra alma. Ilumina nuestra inteligencia con los rayos de la fe. Invade nuestra memoria sumergiéndola en la esperanza viva que nos traen las promesas del Señor. Finalmente, cautiva nuestra voluntad al derramar el amor de Dios en nuestros corazones.

El Espíritu Santo nunca anula las capacidades de nuestra alma. Al contrario, las libera, las dirige y utiliza nuestros sentidos y nuestros miembros para convertirlos en instrumentos de justicia (Romanos 6:19). Su acción nos lleva a sentir afecto por las cosas del espíritu. Una vez llegados a este punto, sigue todo lo demás. Cuando se nos hace amar la voluntad de Dios, lo hacemos con gozo. El canal que habitualmente usa el Espíritu Santo para nuestra santificación es la Palabra de Dios. Semejante al agua que purifica, la Palabra de Dios aplicada a nuestros corazones y conciencias por el poder del Espíritu Santo, nos lava de todas las impurezas que podemos contraer en el caminar. Donde la Palabra de Dios tiene autoridad, no hay ocasión de caída, porque la Palabra de verdad nos santifica, nos corrige, nos enseña y nos instruye para hacernos aptos para toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17).

Pero el Señor Jesús no vino a nosotros solo con el agua de la Palabra (1 Juan 5:6-8). Vino con su propia sangre, que derramó por nosotros. Por tanto, tengamos cuidado de no considerar profana esta sangre de la alianza por la que hemos sido santificados, y no insultemos al Espíritu de la gracia pisoteando al Hijo de Dios (Hebreos 10:29). La sangre de Cristo nos cubre. Bordea el camino de la santificación y nos separa del mal. El

que sabe discernir la sangre del Señor, no camina sobre esta sangre que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7b).

Las características de una vida santificada: unidad, progreso, libertad

La primera característica de una vida santificada es su unidad. De principio a fin, la vida es homogénea, siendo dirigida en cada detalle por un mismo principio, el que Jesús formuló a los doce años: *"Ocuparse de los negocios de su Padre"* (Lucas 2:49). O como dijo el apóstol Pablo: *"Ofrecer nuestros miembros a Dios, como instrumentos de justicia"* (Romanos 6:13b), o también: *"Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús"* (Colosenses 3:17). Toda la vida transcurre *en Cristo*, en estrecha comunión con Él. No hay una vida laica y una vida religiosa. En el Señor trabajamos, amamos a nuestros hermanos, damos la bienvenida a las almas, las saludamos. En Él hablamos, descansamos, nos casamos y morimos. Quien camina así en la santificación, es decir en Cristo, aporta en toda su vida, en el uso de los bienes terrenales, en los afectos de la familia, en las relaciones profesionales, en las alegrías y las tristezas, un espíritu de renuncia, fidelidad y caridad, incluso en las pequeñas cosas. La meta de una vida así es la gloria de Dios solamente.

La segunda característica de una vida santificada es el progreso (2 Tesalonicenses 1:3-4). Siendo la santificación una nueva dirección dada a la vida, se desarrolla, se acentúa, se fusiona cada vez más con la vida misma. Nuestro crecimiento espiritual sigue el patrón del crecimiento humano natural, aunque la edad de la gracia no siempre corresponde a la edad de la naturaleza. Primero somos niños, luego adolescentes y finalmente hombres adultos. El cristiano no deja de correr, liberándose de las preocupaciones y las ataduras del pecado (Filipenses 3:14). Aumenta su tesoro de bienes espirituales. Deja que el Señor lo pade para que dé más fruto y fruto que permanece (Juan 15:16). Habiendo aprendido a conocerse a sí mismo, aborrece su vida y desprecia los honores. Toma conciencia de ser el templo donde habita Dios (1 Corintios 3:16). Su ambición es lograr tal transparencia que solo se vea a Jesús en él.

El tercer rasgo de una vida santificada es la libertad (Juan 8:32-36; Gálatas 5:1, 13). La santificación comienza con un acto de libertad. La gracia

de Dios ofrecida al pecador ha sido aceptada por el culpable (Apocalipsis 22:17). El odio a la esclavitud del pecado y la consagración voluntaria y filial a Dios por Jesucristo marcan ahora esta vida. El alma ahora está libre del yugo de Satanás, el mundo, el pecado y la carne. Esta liberación obtenida en Cristo le da al creyente un gran celo por servir al Dios vivo. Se dedica a practicar con gozo obras que glorifican a Dios y son útiles a los hombres (Tito 3:8). En su hambre y sed de justicia, se alimenta de la voluntad de Dios y adquiere una maravillosa vitalidad espiritual.

*Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad
la memoria de su santidad.*

Salmo 30:4

Conclusión. En el camino a la santidad

El camino de la santificación es el único que le da al alma la posibilidad de vivir en verdadera independencia frente al mundo y sus principios (1 Corintios 2:15). La ley del Espíritu de vida que está en Jesucristo encuentra su expresión visible en nosotros en una obediencia sin limitación, ni formalismo, a la voluntad de Dios, que se ha convertido en el motivo de nuestra vida (Romanos 8:15). En un mundo donde todo pasa y todo cambia, el creyente es transformado por una renovación interior diaria que produce en él el fruto del Espíritu. Ya sea verano o invierno, primavera u otoño, como el árbol de la vida en la ciudad de Dios, los redimidos del Señor dan su fruto todos los meses del año (Apocalipsis 22:1-2). Este fruto del Espíritu se nos presenta como un todo armonioso donde la infinitamente variada gracia de Dios se mantiene en perfecto equilibrio.

El apóstol Pablo lo describe de esta manera: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”* (Gálatas 5:22-23). En este desarrollo espiritual, la santificación y la felicidad tienden a fusionarse (Salmo 73:25-28). Tal vida interior da como resultado las buenas obras recomendadas, tanto en el Antiguo Testamento (Miqueas 6:8) como en los Evangelios (Mateo 7:21), las Epístolas (Santiago 2:26), y hasta las últimas páginas del Apocalipsis (Apocalipsis 21:7-8). Tanto para Jesús como para Pablo o Santiago, Pedro o Juan, las buenas obras demuestran al mundo incrédulo la realidad y la vitalidad de nuestra fe. Es por nuestras obras que muchos ignorantes y contradictores serán inducidos a creer. Las buenas obras de los fieles son como las hojas del árbol de la vida. No sirven para cubrir nuestra desnudez ni para ocultar nuestros pecados. Están para sanar a las naciones de sus males (Apocalipsis 22:2).

Las obras hechas en Dios llaman la atención de los incrédulos hacia la fuente oculta donde bebe el piadoso, para que, incluso en año de sequía,

se llene de savia y verdor (Salmo 1:3; Salmo 92:13-15; Jeremías 17:8). Repitémoslo una vez más: lejos de llevar a los hombres a la relajación y al libertinaje (Romanos 6:1), la justificación por la fe nos lleva a la santificación manifestada por todo tipo de buenas obras realizadas por amor y no para adquirir méritos (Juan 14:15). Estas obras son las que Dios preparó de antemano para que las practicásemos (Efesios 2:10). Señalan la presencia del Espíritu de Dios en el corazón (1 Juan 3:24).

Luz en el Señor, el creyente no se jacta de sus obras, sino que actúa ante los hombres para que las vean y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). La santificación procedente de una comunión permanente de vida con Jesús (Juan 15:4) solo puede ser nutrida y mantenida permaneciendo en Cristo, revistiéndose de Cristo (Romanos 13:14) y alimentándose de su Palabra y de su Espíritu, como verdadero pan de vida (Juan 6:35, 51, 57-58). Cuando Cristo se ha convertido en nuestra morada, nuestro vestido, nuestra comida y nuestra bebida, Dios mismo se complace en morar en nosotros. Le gusta embellecer a sus hijos con su propia presencia. Constantemente sacia y apaga la sed del alma que tiene hambre y sed de la presencia de su Hijo amado.

La vigilancia, la oración, la contemplación constante de Jesucristo y la meditación personal de la Palabra de Dios son, entonces, elementos esenciales para nuestra santificación.

La vigilancia

La vigilancia es lo opuesto al sueño y a la ligereza (Marcos 13:35-36). Disciplina espiritual controlada por el Espíritu Santo, la vigilancia consiste en discernir los peligros que amenazan, desde fuera y desde dentro, toda nuestra vida. Para evitarlos o superarlos, disponemos de todas las armas de Dios (Efesios 6:13-18), el equipo completo del buen soldado de Jesucristo (2 Timoteo 2:3-4). La vigilancia también se ejerce haciéndonos severos con nosotros mismos, para juzgarnos sin demora de cualquier cosa que pueda desagradar a Dios y contristar al Espíritu Santo en nosotros. Nos lleva a abstenernos de toda apariencia y de toda forma de maldad (1 Tesalonicenses 5:22), y nos aleja de todo lo que no edifica (1 Corintios 10:23).

El creyente que ha entendido esto ya no siente la necesidad de justificarse a sí mismo o de excusar su comportamiento una y otra vez. Humilde pero firme, se mantiene inquebrantable en las situaciones más difíciles (1 Pedro 5:10). En cambio, si se deja sorprender por alguna falta, se humilla y confiesa su pecado a aquel que puede limpiarlo sin cesar (1 Juan 1:8; 2:1-2; 3:3).

La oración permanente

El creyente que ora sin cesar (1 Tesalonicenses 5:17) se encuentra en un estado de ánimo en el que su vida está totalmente abierta a Dios, su refugio y fortaleza en todas sus necesidades (Salmo 46:2). La oración expresa a Dios nuestra total dependencia de Él (Salmo 5:1-4). Dolores y alegrías, angustias y liberaciones, enfermedad y salud, trabajo y descanso, amigos y enemigos, abundancia y pobreza, saciedad y hambre, ayuno y comidas, sueño y vigilia, frío y calor, desnudez y vestido, vida y muerte, todo se convierte, para el creyente, una ocasión de oración.

Pero orar no es dar consejos ni órdenes a nuestro Dios. Es simplemente ser consciente de que Dios está ahí, que no nos abandona (Hebreos 13:5-6). Es, por el Espíritu, dejar que sea Cristo quien ore en nosotros y nos mantenga a la altura de su corazón en todo momento, a toda hora, en todo lugar. Entonces comprendemos la expresión *"en el nombre de Jesús"* (Juan 16:23). Notemos aquí la relación que existe entre la oración y los hechos. El propósito de la oración es darnos la fuerza para hacer obras. Es por un acto fundamental, la unión de nuestra voluntad con la de Dios, que se nos hace semejantes a Jesús y se nos asegura que la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo se nos concederá amplia y generosamente (2 Pedro 1:8-11).

La contemplación constante de Jesucristo

Lo más importante en la carrera cristiana es tener siempre ante los ojos la persona de Jesucristo (Salmo 16:8; Hebreos 12:1-2). Tenemos en Él, verdadero hombre y verdadero Dios, el modelo perfecto y todo el poder para vivir por su vida. Cuando nuestra mirada está fija en Él (Hebreos 2:9), nuestro ojo está en buen estado y, como una lámpara, ilumina todo nuestro cuerpo (Mateo 6:22-23). Nuestro corazón, nuestra inteligencia, nues-

tra voluntad, todo se ilumina en contacto con el Señor y nos llenamos de su luz y del fruto de la luz que consiste en toda bondad, justicia y verdad, experimentando lo que es agradable al Señor (Efesios 5:8-10).

Este Jesús que contemplamos por medio de la fe, no es producto de nuestra piadosa imaginación, ni el Jesús revisado y corregido por algunos teólogos modernos. Es el Cristo de la revelación, el Hijo del Dios viviente, como confesó el apóstol Pedro (Mateo 16:16). Es aquel de cuya gracia conocemos (2 Corintios 8:9), mientras iba de lugar en lugar, haciendo el bien y sanando a todos los que estaban bajo el imperio del diablo, porque Dios estaba con Él (Hechos 10:38). Él disipa todo mal en nosotros con su mirada (Proverbios 20:8) y transforma a su imagen, cada vez más gloriosa, a quienes, con el rostro descubierto, reflejan la gloria del Señor como en un espejo (2 Corintios 3:18). Ciudadanos del cielo, desde allí esperamos ardientemente, como Salvador, al Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo de miseria y lo hará semejante a su cuerpo de gloria, por el poder que tiene de sujetar a sí mismo todas las cosas (Filipenses 3:20-21).

Por ahora, todavía vemos como en un espejo, oscuramente, pero luego veremos cara a cara (1 Corintios 13:12). La carrera habrá terminado, la obra de santificación estará completa y nuestra salvación será consumada (1 Pedro 1:6-9). Pero no nos equivoquemos al respecto. Hasta que Jesús regrese, nuestra santificación nunca estará completa. Nadie ha alcanzado la perfección, ni en la fe, ni en el conocimiento, ni en el amor (Efesios 4:13).

La meditación personal de la Palabra de Dios

Por eso no podemos enfatizar lo suficiente la importancia de leer la Palabra de Dios en nuestra santificación diaria (Juan 17:17). Meditemos en todo lo que Dios ha considerado útil revelarnos en las Escrituras (Salmo 119:147-148). Creemos que todos estos textos nos conciernen y deben ser utilizados para nuestra instrucción (Romanos 15:4; 1 Corintios 10:11). Jesús afirmó a los judíos que todas las Escrituras daban testimonio de Él (Juan 5:39). El día de su resurrección, explicó a los discípulos que iban a Emaús todo lo que la ley de Moisés, los Salmos y los Profetas decían de Él (Lucas 24:27, 44). A Timoteo, este fiel servidor que, desde su infancia, conocía las Sagradas Escrituras (2 Timoteo 3:14-17), el apóstol Pablo le pidió

expresamente que se ocupara en la lectura, la exhortación y la enseñanza (1 Timoteo 4:13).

Este conocimiento siempre nuevo de las Escrituras, nos impedirá caer en la presunción. Siempre tendremos memoria de las palabras de Jesús enseñando a sus discípulos a pedir perdón por sus ofensas (Mateo 6:12). El apóstol Juan, si bien afirma que el nacido de Dios no practica el pecado (1 Juan 5:18), subraya sin embargo que el creyente todavía peca y necesita un abogado para con el Padre (1 Juan 1:8; 2:1-3). Santiago, por su parte, declara claramente que todos ofendemos de una u otra forma (Santiago 3:2), y si Dios ha creído oportuno darnos a conocer las faltas de sus siervos: la mentira y la glotonería de Isaac, los engaños de Jacob, la incredulidad de Moisés y Aarón, el crimen de David, las pasiones de Salomón, o la falta de discernimiento espiritual, la negación y el encubrimiento de Pedro; es para mostrarnos que las mayores gracias recibidas y las más hermosas experiencias espirituales no pueden protegernos de caídas y tentaciones (1 Corintios 10:12). La carne no mejora nunca y, hasta el final, tendremos que cargar sobre nosotros mismos el juicio del Dios tres veces santo.

Una tarea urgente

Antes de concluir, y en un momento en el que la Biblia está entrando de una manera nueva en multitud de hogares, quizás sea útil recordar lo que escribió Paul Claudel¹ en los últimos años de su vida, respecto al Antiguo Testamento: *“Debemos devolver el Antiguo Testamento al pueblo cristiano. No hay trabajo más necesario y urgente. Debemos devolverle al pueblo cristiano esa mitad de su herencia que estamos tratando de quitarle, esa Tierra Prometida siempre fluyendo con la misma leche y la misma miel que estamos tratando de arrebatarle y que le pertenece. Debemos devolver al pueblo cristiano para su propio uso este gran edificio, liberado de todo aparato pseudocientífico de conjeturas arbitrarias e hipótesis frívolas que sólo sirven para desanimar y desconcertar a los fieles; a ensordecерles tanto que ya no oigan, en medio del ridículo cacareo de los escribas incapaces de lograr nada articulado y positivo, el fuerte grito de los profetas: ¡Todos los que tenéis sed, venid a las aguas!*

»*Debemos mostrarles en esta magnífica obra del Espíritu Santo, de la Sabiduría de Dios, no un confuso montón de materiales heterogéneos,*

medio devorados por el tiempo, sino un soberbio monumento sobre el que los siglos no han tenido influencia y que todavía se nos ofrece, intacto y virgen, en su sublime y profunda composición, en su sentido original, en la invitación que dirige, tan poderoso hoy como en el pasado, a nuestro corazón, a nuestra inteligencia, a nuestra imaginación, a nuestra sensibilidad, a todas nuestras necesidades de amor y belleza...

»¡Qué alegría haber recuperado nuestra propiedad! Qué alegría admirar con el corazón libre, con el corazón abierto, a nuestro Dios, nuestro Creador, que no es menos sino infinitamente más, en esta Palabra vivificante que se dirige claramente a nosotros, y no hacerlo en la radiante confusión de la naturaleza. Nutrámonos de esta historia que tiene sentido, de esta serie de acontecimientos que Dios dirige para nuestra enseñanza y para la revelación de su gran e infinita misericordia. Dios ya no es esa fría entidad que nos presentan los filósofos. Él es alguien. Moisés, David, nos lo muestran como es, su vida, cómo tenemos derecho a verlo ya que nos dicen que estamos hechos a su imagen; los eruditos nos lo explicarán como quieran.

»Pero, ¡qué alegría, qué emoción ver a nuestro Padre viviendo allá arriba, desbordado de paternidad hacia nosotros, ternura, compasión, todos los sentimientos necesarios, hasta ira! Sí, amamos esta santa ira, amamos que tome en serio nuestras transgresiones así como nuestros intentos de hacer el bien. ¡Y todos esos necios que nos hablan de un Dios feroz! ¡Un Dios celoso, eso sí, tanto como quieran! Así es como nos gusta. Lancémonos sin miedo, de cabeza, a este océano de amor y belleza, el Antiguo Testamento, donde tantos santos, tantos genios, han encontrado alimento inagotable. Volvamos a conocerlos de nuevo, en su realidad viva y distintiva, a estos personajes verdaderamente sobrehumanos, en los cuales, quiero decir, una humanidad integral se transfigura enteramente por el sentido auténtico, Abraham, Jacob, José, Moisés, Job, Samuel, David. No son héroes de novela ni de teatro.

»Podemos cogerlos del brazo. Son nuestros hermanos y nuestras hermanas, pero hermanos y hermanas llenos de Dios, rebosantes de la voluntad del Altísimo. Leamos la Sagrada Escritura... ¡Leámosla no con intención de criticarla, con esa estúpida curiosidad que sólo lleva a la vanidad, sino con la pasión de un corazón hambriento! Nos han dicho que la vida está ahí, que la luz está ahí, ¿por qué no probamos un poco por nosotros mismos para ver que sabor tiene?».

Ante la elección

Al acabar esta lectura, ¿iremos hasta el final? Dejemos de desanimarnos por nuestra mediocridad y de exaltarnos por nuestros pequeños éxitos; preguntémonos: ¿Será Él o yo? La situación es grave. ¿Qué haremos con este mensaje? Es hora de elegir. Dios habla una vez, dos veces, y no entendemos... (Job 33:14).

Sin embargo, hoy todavía resuena una voz: *"El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra"* (Apocalipsis 22:11-12).

"Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá" (Lucas 12:40).

1 ► Paul Claudel (1868-1955) diplomático y poeta francés. Fue el principal representante del catolicismo francés en la literatura moderna. La cita está extraída de su libro "J'aime la Bible" (Amo la Biblia).

Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar.

Jeremías 1:4-10

Anexo. Gaston Racine, su itinerario espiritual

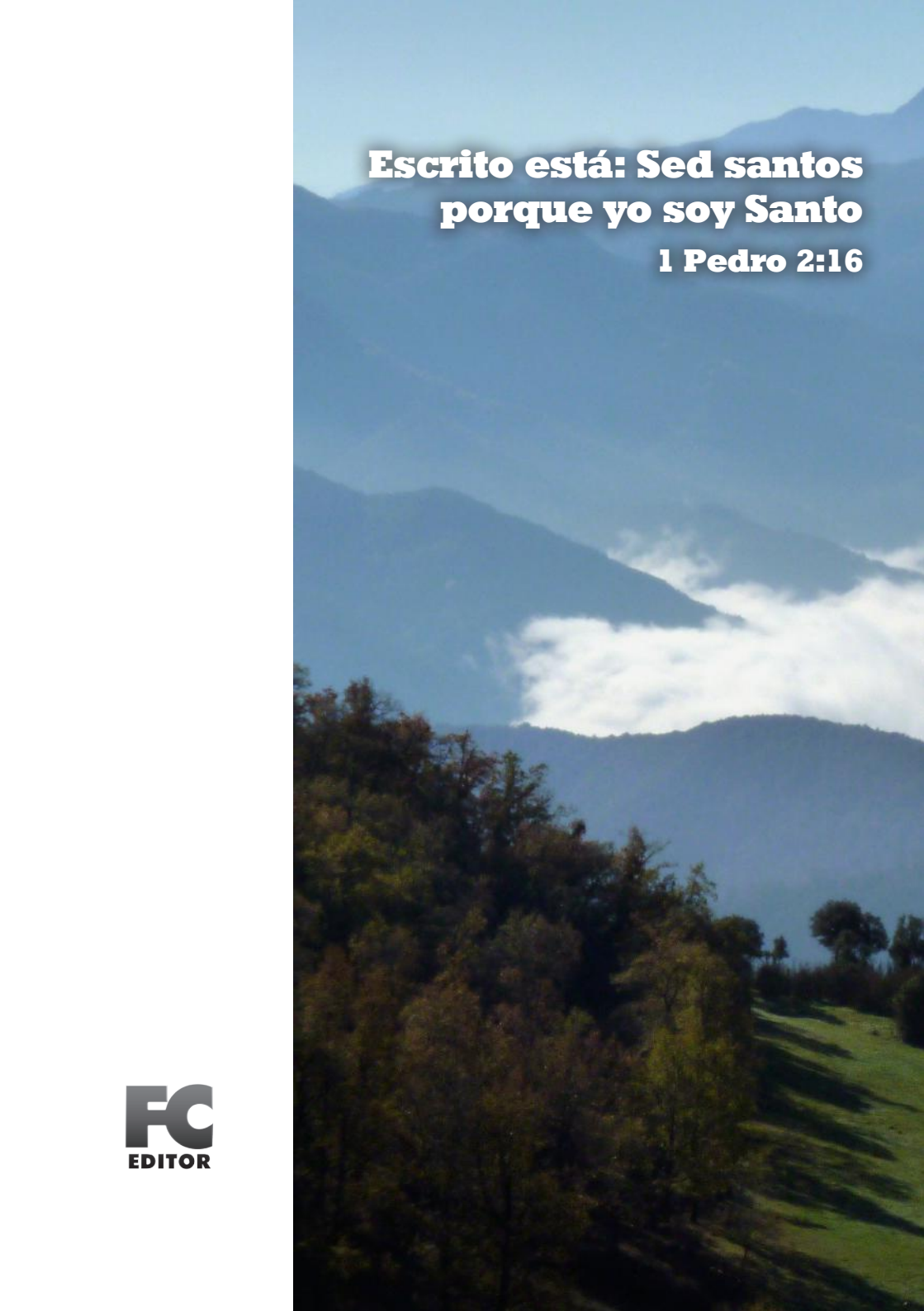
Gaston Racine, predicador evangélico, conferenciante y escritor, nació en Suiza, en el cantón de Neuchatel en 1917. De familia hugonote, creció en un ambiente piadoso, perteneciendo a una comunidad resultante del despertar espiritual que sacudió parte del protestantismo en el siglo XIX. Convertido a Cristo en 1931 fuera de su contexto familiar, y atacado en su juventud por una larga enfermedad, tuvo que aprender durante muchos años, en la escuela del sufrimiento, a renunciar a sus planes y proyectos más preciados, y a someterse a la voluntad divina.

Sintió el llamamiento a servir a Dios en 1936, durante su convalecencia en Italia. El texto bíblico que marcó su llamamiento se encuentra en el libro del profeta Jeremías, capítulo 1, versículos 4 al 10. Durante su vida de servicio al Señor ejerció un ministerio evangélico en diversas comunidades, campamentos para jóvenes y salas de conferencias en diferentes continentes. Tenía una predilección especial por Israel y sus vecinos árabes.

A partir de 1947 dejó de depender de ninguna iglesia en particular. En 1962 se trasladó a Montreal. Mientras se mantenía firmemente apegado a la Biblia y sin hundirse en el sincretismo religioso, Gaston Racine permaneció disponible para dar testimonio de su fe a creyentes y no creyentes de todos los ámbitos de la vida, católicos, ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas, hindúes, racionalistas y marxistas.

Con este propósito comenzó, junto con su esposa la doctora Eva Racine-Arendt, los campamentos "**Mahanaim**" para jóvenes de 18 a 30 años. Gastón Racine falleció el 27 de febrero de 2006, a la edad de 89 años tras un fructífero ministerio al servicio de Dios. Su esposa y compañera de ministerio, Eva Racine-Arendt, falleció el 5 de septiembre de 2016 a la edad de 98 años.

A Dios sea la gloria.



**Escrito está: Sed santos
porque yo soy Santo**

1 Pedro 2:16

FC
EDITOR